

SIGNIFICACION DE UNA AVENTURA CELIANA: LOS PAPELES DE SON ARMADANS ENTRE 1956 Y 1966.

JOSÉ MIGUEL OLTRA
Universidad de Zaragoza

Un estudio que comienza por una justificación suele prevenir al lector, tal vez por aquello de *excusatio non petita*... Sin embargo, y a pesar del riesgo, parece necesario justificar en nuestro caso el por qué de unos límites temporales, los que nos llevan desde el nacimiento de la revista hasta la aparición de la ley de prensa de Fraga. Va a ser durante la primera década de vida cuando *Papeles de Son Armadans* alcance su mayor representatividad, desde sus difíciles arranques hasta su asentamiento en el panorama fecundo de las revistas literarias. Los años cincuenta contemplarán el desarrollo de una fecunda etapa en este tipo de publicaciones, algunas desde su nacimiento hasta su muerte, como *La jirafa*, *Agora*, *Revista Española* de A. Rodríguez Moñino, *Ansí*, *Aldebarán*, *Laye*, *Punta Europa*, *Ambito*, *Umbral*, *Serra d'Or*, *Alor*, *Orejudín*, *Cántico* en su segunda etapa, y tantas otras que contribuyeron a engrandecer la literatura española.

En abril de 1956, aparece en Palma de Mallorca el primer número de los *Papeles*, revista mensual dirigida por Camilo José Cela desde su casa de Son

Armadans, barrio mallorquín de antigua tradición¹. La revista acompañará a Cela durante veintitrés años, no ya sólo en un sentido metafórico sino incluso físico, puesto que la redacción seguirá los mismos vaivenes que el domicilio del escritor². Con un mínimo de rigor, sería necesaria una extensa monografía para analizar las implicaciones culturales de la revista, sus orígenes, los colaboradores y la proyección de Cela sobre su "hija espiritual". Al delimitar voluntariamente este estudio al período comprendido entre 1956 y 1966, y con especial énfasis en la proyección del autor gallego a través de las páginas de *Papeles de Son Armadans*, se quiere significar la peripecia celiana entre dos fechas significativas, en las que la revista adquiere su mayor brillo.

Sin duda, la creación de los *Papeles de Son Armadans* obedece a varios intereses de Camilo José Cela, intereses que confluyen en la fecha de 1956 como exponente de un proceso de cambio profundo que se da en el novelista. Situémonos en los años inmediatamente anteriores para intentar comprender el cambio, puesto que el primer lustro de los cincuenta se presentará duro en la vida de Camilo José Cela. Sus reveses con la censura serán frecuentes, no pasando a mayores consecuencias por los estrechos contactos que el autor mantenía con personas influyentes del régimen franquista; estos choques no podemos considerarlos de naturaleza ideológica sino, más bien, estética. No olvidemos que Cela se alinea con el franquismo en los primeros momentos³,

¹En el editorial de presentación («Algunas inevitables palabras», en *P.S.A.*, I, nº 1 [Abril de 1956], pp. 3-10), Cela recrea líricamente el clima y el paisaje mallorquines, su mitología y cultura. Entre este ambiente se siente en la necesidad de explicar los propósitos de su revista, y lo hace desde la esencia filológica que preside la obra toda del escritor gallego: desmenuzando el nombre de su barrio y de su revista. En un número posterior, M. Sanchis Guarner aportará mayores precisiones en «La partícula "Son" de Son Armadans y los demás predios mallorquines» (en *P.S.A.*, XVII, nº 50 [Mayo de 1960], pp. 176-184; este número está vinculado a Mallorca como homenaje erudito por haber acogido el medio centenar de números que llevaba la revista hasta ese momento).

²A la sede de la calle Bosque 1 (en la que se instalan Cela y su familia a finales del verano de 1955), seguirán la de José Villalonga 87, en El Terreno (desde 1957), y la de La Bonanova (desde 1964). Será en este último espacio donde muera, a comienzos de 1979, veintitrés años después de su alumbramiento, en plena mayoría de edad (ancianidad, podríamos decir, dado lo efímero de nuestras revistas literarias, en general), fecunda y múltiple en sus manifestaciones, la revista de Camilo J. Cela.

³Conocido es el paso del Madrid republicano al bloque rebelde en 1937. Más oscura resulta su participación en el frente de Extremadura o en otros destinos menos arriesgados. J. L. Giménez Frontín (*Camilo José Cela. Texto y contexto*, Barcelona, Montesinos ed., 1985, p. 46, n. 6) recoge el célebre texto que exhumó *Fuerza Nueva* en 1977: la comprometedor instancia escrita por Cela en 1938 para ingresar en los servicios de información franquistas; evidentemente, tan inoportuno recordatorio iba destinado a socavar, no tanto el prestigio del escritor, a la sazón senador por designación real en las Cortes Constituyentes, como el de la

Significación de una aventura celiana

que da sus primeros pasos literarios a la sombra del régimen¹ y que tiene importantes valedores en el interior del mismo². Resulta difícil, por tanto, considerar la existencia de discrepancias ideológicas profundas, aun cuando luego se produzca un alejamiento en dirección del liberalismo.

La repugnancia que ciertas autoridades manifestaron hacia *La familia de Pascual Duarte* tiene más que ver con el tremendismo estético del autor, con la manera de airear el infra-mundo de un ser abyecto y criminal, aun cuando el marco fuera el de una España republicana del que se renegaba; el "malestar físico" que la lectura del *Pascual Duarte* causara al sensible Rocamora,

institución que lo había nombrado, esto es, la monarquía. Ya en la postguerra, su paso por los diferentes organismos políticos de quienes detentaban el poder, ha sido justificada por el propio escritor con motivos pura y llanamente económicos. Jorge Urrutia, al estudiar el manuscrito de *La familia de Pascual Duarte*, trae el testimonio de Carlos Fernández Cuenca («Camilo José Cela escribió *La familia de Pascual Duarte* aislándose en una oficina sindical», en *Correo Literario*, Madrid, 15-IV-1953; la fecha ya es indicativa del acoso a que estaba siendo sometido Cela, como podremos ver), según el cual esta primera novela se escribió casi en su totalidad en una oscura oficina del Sindicato Nacional del Textil, después de terminada la guerra civil. Vid. J. Urrutia: *Cela: La familia de Pascual Duarte. Los contextos y el texto*, Madrid, SGEL, 1982 (abreviado, en parte, en «El manuscrito de *La familia de Pascual Duarte*», en *Insula*, nº 518-519 [Febrero-Marzo de 1990], pp. 68-69, monográfico dedicado al Premio Nobel). En torno a su labor de censor, suficientemente aireada, volveremos más adelante, como sobre sus orígenes ideológicos, indirectamente manifestados en el prólogo, reproducido en los *Papeles*, a la versión castellana de un libro de J. Fuster, así como en otros textos.

¹Sobre sus primeras publicaciones, vid. E. Martín: «Camilo José Cela, bardo del franquismo», en *Quimera*, nº 20 [Junio de 1982], pp. 14-18, y J. M^a Martínez Cachero: «Los primeros pasos literarios de un "Nobel"», en *Insula*, nº 518-519, pp. 49-51. Este último califica de «prehistoria titubeante» los años iniciales (de 1935 a 1946) del Cela escritor; es decir, desde sus primeros poemas publicados en Argentina hasta la presentación de *La colmena* a la censura (7-I-1946). Resulta paradójico que el propio Cela, en trance de olvidar su propio pasado, escribiera: "Un oficio triste: el de panegirista de los jirones de la gloriosa historia, ese pavo real que arropa sus últimas pompas en harapos" (en «Pequeñas cogitaciones habaneras (Primera Serie)», en *P.S.A.*, XLI, nº 121 [Abril de 1966], p. 5).

²Juan Aparicio, Dionisio Ridruejo o Rafael Sánchez Mazas, por poner conocidos ejemplos, ampararán al escritor hasta donde les sea posible, sobre todo el primero desde su cargo de Delegado Nacional de Prensa, empeñado en promocionar a Cela con el fin de presentar una cara más intelectual del régimen franquista (vid. J. Urrutia, *op. cit.*, pp. 42-43). Al respecto, es significativa también la inhibición de Sánchez Mazas ante el incidente surgido a propósito de la publicación en *Insula* (nº 5 [Mayo de 1946], p. 1) del prólogo que Gregorio Marañón había escrito para una nueva edición, la 3ª en castellano, de *La familia de Pascual Duarte* (el incidente y la visita al prócer falangista han sido rememorados por J. L. Cano: «Breve historia de "Insula"», en *Insula*, nº 499-500 [Junio-Julio-Agosto de 1988], pp. 1-2).

Director General de Propaganda a partir de 1946¹, me parece mostrativo del clima que soportaba la literatura en aquel entonces, momento en el que las tendencias oficiales apuntaban a una religiosidad y una estilización evasivas, significadas en la revista *Garcilaso*, la cual marcó toda una pauta estética en los años más duros de la postguerra².

Sin embargo, Cela se alejó paulatinamente de un régimen que no daba señales claras de evolución, al tiempo que experimentaba un progresivo acercamiento hacia postulados liberales e incrementaba sus contactos con la intelectualidad del exilio, en idéntico camino de muchos de sus amigos y colaboradores. Su nueva posición de editor de una revista pudo hacerle más sensible a los problemas que generaba en España una legislación que cercenaba la libertad de expresión; en este sentido cabe recordar que *Insula* e *Indice*, dos de las más influyentes revistas en estos años, y que constituirán dos puntos en los que de alguna manera se fijará *Papeles*, se hallaban suspendidas por la administración cuando Cela lanza su revista.

La adhesión liberal se explicita en el número que celebra los cincuenta primeros meses de vida, aun cuando sea frecuente esta reivindicación, de forma más o menos directa, en los editorialillos del escritor gallego:

PAPELES DE SON ARMADANS, a sus cincuenta meses de vida, está en el mismo sitio y en igual postura que cuando nació y proclama, como única virtud que quisiera le fuese reconocida, la de su mesurada paciencia. [...] PAPELES DE SON ARMADANS es una revista mallorquina y liberal [...]. PAPELES DE SON ARMADANS también nació, ¡qué fortuna, la suya!, con un decente propósito liberal. Liberal, en castellano, dícese del que obra con liberalidad, virtud

¹El cruce de notas entre P. Rocamora y T. Cerro Chamorro (Director General de Prensa, en sustitución de Juan Aparicio) ha sido reproducido en numerosas ocasiones; remito a la reproducción facsimilar que hizo A. Amorós: «Cuando Camilo José Cela andaba a vueltas con la censura» (*La historia del franquismo*, fascículos de *Diario 16*, 1ª Parte, cap. 8 [s. a., aunque 1984-85], p.125).

²La revista muere en 1946, precisamente, y fue dirigida por J. García Nieto, amigo constante de Cela (y en la cual colaboró el autor gallego, como posteriormente colaboraría García Nieto en los *Papeles de Son Armadans*). La trascendencia del órgano «garcilasista», en el conjunto de las revistas literarias (la bibliografía particular sobre *Garcilaso* es muy amplia), ha sido estudiada por F. Rubio: *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Madrid, Turner, 1976, pp. 108-121.

Significación de una aventura celiana

moral que consiste en distribuir uno generosamente sus bienes sin esperar recompensa¹.

Resulta palmario que tal distanciamiento corre paralelo al nacimiento y desarrollo de un cierto proceso de acoso en el campo literario, siempre con argumentos que hoy nos parecen anecdóticos, por quienes no compartían su ideario estético². No muy distante de la discrepancia estética se puede situar el rechazo a la imagen externa que el escritor procuraba a unas capas burguesas bien-pensantes: un Cela de escaso o nulo entusiasmo católico -lo que se traslucía en su obra-, algo pendenciero y juerguista³, asiduo a toda clase de fogones, descarado y provocativo en sus manifestaciones y declaraciones, despectivo y altanero con críticos, periodistas y muchos compañeros de

¹«Pequeña fiesta», en *P.S.A.*, XVII, nº 50, pp. 156-157. Las restricciones y los matices expresivos -desvinculación de la voz *liberal* del sentido político- quedan justificados por una autocensura comprensible, y no sólo por la pasión de Cela por las etimologías y los juegos verbales.

²Este rechazo se concreta en muchas ocasiones en el uso del léxico, fundamentalmente en sus manifestaciones más escatológicas. Al respecto, el transcurso durante 1965 por las dependencias de la censura de las *Nuevas escenas matritenses* (1965-66) pone de relieve el reparo de los diferentes censores ante "las vulgaridades y expresiones malsonantes que llegan hasta el hastío y que recorren el camino de la náusea", en expresión de uno de los cinco que leyeron consecutivamente la obra. Para los problemas con la censura de las *Nuevas escenas matritenses*, vid. M. L. Abellán: *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, Barcelona, Península, 1980, pp. 113-114, n. 79 y pp. 205-207; sin embargo, aunque de forma parcial, las *Nuevas escenas* habían sido anticipadas por Cela a través de los *Papeles de Son Armadans* durante los años 1963 y 1964 sin que, al parecer, sufrieran dificultad alguna.

³En vísperas de su primer viaje a Mallorca, celebrando el contrato venezolano del que saldrá *La catira*, Cela fue protagonista de un sonado incidente, con legionarios y navajas por el medio, en una sala de fiestas madrileña, «Casablanca», y que se saldó sin consecuencias para el escritor y sus amigos de una forma en que la justicia no queda muy bien parada, por mucho que se airease un certificado médico en el que se dejara constancia que el escritor, a causa de una herida en la cabeza que le había dejado restos de metralla, no era responsable de sus actos. Esta anécdota, contada por su hijo (Camilo José Cela Conde: *Cela, mi padre*, Madrid, Ed. Temas de Hoy, 1989, pp. 70-74), es una de las numerosísimas que circulan en torno a Camilo José Cela. Llama poderosamente la atención que el escritor fomenta en torno a su persona el cultivo de una literatura que pudieramos llamar anecdótica y encomiástica, mostrándose indolente y parco cuando se trata de confirmar o desmentir noticias de naturaleza más grave -aunque íntimas (también son las anécdotas tan aireadas)-, lo que da lugar a todo tipo de mistificaciones, dificultando el navegar crítico entre la obra en la cual incide inevitablemente. Nos falta una biografía rigurosa y desapasionada del escritor, puesto que lo último que sobre el mismo circula son malintencionados cuchicheos de alcoba o descaradas "hagiografías". Esperemos que la apertura de la Fundación Cela, el día en que sea posible, nos facilite una indudable riquísima documentación sobre el premio Nobel.

oficio, veleidoso y atrabiliario en sus comparecencias públicas, fustigador inclemente de la mediocridad burguesa. Ciertamente que esta imagen externa, que es equilibrada con sumo cuidado con el cultivo de unas amistades influyentes, produjo estimación y popularidad en amplias capas de la sociedad española¹, que siempre se han rendido ante la figura del transgresor que triunfa: el mismo Cela se ha encargado de repetir hasta la saciedad, sobre todo desde 1955, que es el único escritor español capaz de vivir enteramente de sus novelas, arte éste que encerraba -y encierra, hoy todavía- su innegable dificultad.

Ante lo dicho, Cela nunca supuso un peligro para la estabilidad del régimen, puesto que no socavaba los cimientos ideológicos del mismo. Representaba incluso un caso de tolerancia, un «anormal» que circulaba por libre, y cuyos instintos asociacionistas se ceñían a lo estrictamente literario². Me temo, dada la habilidad del autor para la promoción personal y su escaso entusiasmo por aventuras románticas³, que entre las partes en discordia la interpretación histórica haya establecido algún tipo de entente -explícita o implícita; consciente o inconsciente-, por el cual uno no pueda ser explicado sin la concurrencia del otro, aunque varíe la importancia del "rival" según el sentido de lo que tratemos de explicar. Es decir, la imagen reflejada por los espejos en que recíprocamente se miran pasa a constituir parte importante de la misma esencia de lo que tratamos de estudiar.

Porque de lo que se trata de explicar en el presente estudio es la "rivalidad" manifestada en un sentido: de Cela hacia el régimen franquista, así como la

¹Esta popularidad sirvió de freno a la acción de la censura por temor a acrecentar la fama de don Camilo, lo que unido a sus influyentes amistades y la admiración que su prosa suscitaba, a pesar de todo, procuró una sensación extendida de que gozaba de un trato de favor. Y es cierto que Cela fue el autor mejor tratado -o más tolerado- por la rígida censura franquista (vid. M. L. Abellán, *op. cit.*, pp. 69-70, 94, 113 y 205); al fin y al cabo, como nuevo Quevedo, su *pedigrée* era irreprochable y su malicia "suele ser de palabra o de calificativo", como señala uno de sus censores de las *Nuevas escenas matritenses*.

²El mismo escritor se ha preocupado por difundir su no afiliación a organización alguna y su negativa a encabezar movimiento alguno, al margen de lo estrictamente profesional (recuérdese su postura en torno al Instituto Nacional del Libro y la Sociedad General de Autores, manifestada en numerosos lugares de los *Papeles de Son Armadans*, en torno a los años de 1964-65). Como vagabundo que se siente, Cela escribe: "El mundo rueda condicionado por múltiples consignas no expresas; el instinto gregario es la más esterilizadora de todas las consignas no expresas" (en «Pequeñas cogitaciones habaneras (Primera serie)», en *P.S.A.*, XLI, nº 121, p. 4).

³Una constante en Camilo José Cela será su aversión hacia el Romanticismo, como movimiento estético y como periodo cronológico; en las páginas de los *Papeles* señalará al Romanticismo como uno de los más nefastos inventos del ser humano, junto con las máquinas y algunas otras cosas más.

incorporación de la imagen exterior, tal como es reflejada por el espejo franquista, a la esencia del autor, y la enorme capacidad de éste para asumirla. Para esta rivalidad el escritor gallego tenía importantes razones. Cuando Cela decide trasladarse a Mallorca definitivamente, el impulso puede ser interpretado como una huida¹, tanto del régimen político que le asfixiaba en Madrid, como de una imagen que amenazaba con estrangularle y que sentía necesidad de recomponer. A partir de entonces, la confrontación, casi siempre indirecta, presidirá la relación poder/escritor, para lo que los *Papeles de Son Armadans* se convertirán en marco esencial. Si analizamos los primeros editoriales de Cela en su nueva revista, el grado de virulencia en sus manifestaciones contra el poder será difícilmente alcanzado en sucesivas entregas, y más si tenemos presente la rigidez de los censores en los años cincuenta con respecto a la lasitud en que se incurre en la década siguiente. Editoriales como «Acerca de la independencia del escritor»² constituyen buena muestra de ello; así, en una exaltada defensa de la independencia que debe presidir la labor de todo escritor que se precie, celebra la buena hora de un derrumbamiento: "el de la oficialización, el de la estatificación, el de la burocratización del escritor", aunque atenúe el efecto rechazando la implicación del escritor en el trato político:

Y cierto que hubo escritores que se callaron: poco tendrían que decir.

Y escritores que se dejaron comprar y vender como los esclavos de la vieja Roma: en poco precio solieron tasarse...

Y escritores que se implicaron, tercamente, obstinadamente, en todo lo implicable: poco guardaban que defender.

Y escritores que se dejaron vestir de aparición: poco probaron a mantener el tipo.

¹En sus *Páginas de geografía errabunda* (Madrid, Alfaguara, 1965, p. 32), parafraseando a Unamuno, escribe: "Se viaja por topofobia, por asco al lugar en que se está [...]. Hay que viajar -nos dice [Unamuno]- para huir de cada lugar, no buscando aquél a que se va, sino escapándose de aquél de donde se parte".

²En *P.S.A.*, II, nº 4 [Julio de 1956], pp. 3-6; téngase en cuenta que, en una de las secciones fijas de la revista, "El taller de los razonamientos", J. L. Aranguren publica «Cuatro actitudes del hombre ante su bien» (pp. 9-31 del mismo número), el cual, desde su militancia católica, incorpora reflexiones críticas por elusión hacia el franquismo.

Pero quedó siempre la semilla que preparó la quiebra que preferimos cantar: un escritor, no importa si ya olvidado, que murió, quizás de hambre, de náusea o de piojera, pero llevando, como el "Ecclesiastés" quería, la verdad por delante¹.

Se podrá argüir que las circunstancias permitían escasas confianzas con la libertad de expresión, y que el poder de convocatoria del personaje paliaba alguno de los excesos verbales del escritor: consuélase en ello quien lea en el primer editorial las disquisiciones sobre el heroísmo y la santidad, "esas dos situaciones del alma que a nadie son exigibles"².

Sin negar cuanto escribe Cela Conde sobre las motivaciones que presidieron el traslado a Mallorca³, ni la influencia negativa que una creciente conflictividad con la censura pudo ejercer en el ánimo de Cela⁴, no parece

¹*Ed. cit.*, p. 5. La no implicación en la actividad política allanó los hipotéticos problemas que la reivindicación celiana pudieran suscitar, aun cuando, como J. Goytisolo declaró recientemente, en un tiempo en que se carece de libertades políticas todo se convierte en política. Pero Cela, como podremos ir viendo, es maestro en el arte de amagar el golpe sin soltar el puñetazo.

²*P.S.A.*, I, nº 1, p. 6.

³"El motivo de la marcha de Madrid fue, desde luego, más pragmático que visceral: entre el Café Gijón, los amigos y la abundancia de dinero, a CJC le hubiera sido imposible hacerse con la paz necesaria para redactar sus novelas en la ciudad" (*op. cit.*, p. 75); "Charo y Camilo José se animaron a irse hasta Mallorca, como antes decía, en busca de un lugar tranquilo donde escribir *La catira*" (*ibid.*, p. 81). El segundo viaje a Mallorca, el de la instalación por muchos años en la isla, es justificado por su hijo de la siguiente forma: "Ibamos de veraneo [a Mallorca, en 1955], pero con la firme intención de no volver nunca a Madrid. De tal guisa comenzó una nueva etapa, la de la residencia oficial del escritor en la isla de Mallorca, inaugurada con el año sabático que Camilo José Cela se había concedido para «patearse» los dólares venezolanos" (*ibid.*, p. 92).

⁴Además del estudio mencionado de M. L. Abellán y del breve artículo de A. Amorós con datos de la acción de la censura sobre su obra, puede consultarse sobre su labor de censor el estudio de J. Sinova: *La censura de prensa durante el franquismo* (Madrid, Espasa, 1989, pp. 137-141 y 298-304 principalmente), con la larga lista de intervenciones en revistas, lo que contradice las afirmaciones de Cela de haber controlado sólo tres de ellas. Las opiniones sobre la tarea de censor de Camilo José Cela son, en términos generales, elogiosas por su escaso rigor y por el todavía menor afán de progresar en la profesión; recuérdese el cariñoso testimonio de J. L. Cano (*art. cit.*, p. 1): "Curiosamente, el primer número de la revista [se refiere a *Insula*], que yo mismo llevé personalmente a la censura -enero 1946- para que le dieran el visto bueno, no tuvo obstáculos, gracias a que el censor de las revistas era Camilo José Cela, amigo mío, que naturalmente aprobó todo el número sin ninguna dificultad. Pero cuando Camilo salió de la censura, era raro el número que no sufría cortes".

menos evidente que, desde la historia personal, el alejamiento de los círculos de poder supone una nueva toma de conciencia de las actitudes políticas, tal vez maduras desde la precariedad en que le sitúa su expulsión del sindicato vertical de periodistas en 1952, a raíz de la publicación de *La colmena* en Buenos Aires. También hemos de tener en cuenta que la desconfianza del poder hacia Cela, por sus frecuentes actos de indisciplina o no acatamiento de la ley vigente, hubo de ir en aumento, lo que se tradujo en reticencias de ciertos círculos o el abierto rechazo de otros; tal vez sólo las relaciones personales se mantendrán intactas.

Así, pues, en 1955-56 Cela prepara una estrategia de oposición: la creación de una revista desvinculada del paraguas oficial, periférica no sólo en el aspecto geográfico, lejos de las ya poco efectivas protecciones de Juan Aparicio. Esa revista habría de ser uno de los instrumentos más eficaces para construirse la nueva imagen de liberal, que posiblemente llevara dentro desde mucho antes, pero que las adversas circunstancias históricas habían imposibilitado aflorar. Efectivamente, *Los Papeles de Son Armadans* se convertirán en el portavoz de una nueva andadura y, para ello, habrá de mantener Cela una serie de equilibrios bastante complejos.

Poco antes de la aparición del primer número de los *Papeles* tienen lugar los tristes acontecimientos de Febrero: Ruiz Giménez es desfenestrado del Ministerio de Educación, en medio de las primeras grandes protestas estudiantiles que concienciarán a un importante número de universitarios, los cuales se integrarán en grupos de decidida oposición al franquismo; paralelamente, la campaña desatada contra algunos de sus amigos (como Dionisio Ridruejo o Pedro Laín), que habían intentado una apertura desde dentro, convence al autor gallego de la imposibilidad de cambio pacífico del régimen. Cela, moralmente, tenía derecho a sentirse arrojado a la periferia, y desde allí habrá de recomponer la hechura.

Desde el número primero, los *Papeles de Son Armadans* surgen con decidida vocación integradora, al servicio de la paz y la concordia literarias; pero, ya que tal tarea no podía realizarse en el centro natural, Cela dotará su medio de expresión de una sutil característica: la insularidad¹, proclamada en numerosos editoriales:

¹En reciente entrevista de Francisco López-Barxas (*Insula*, nº 518-519, p 77), Cela declaraba: "Allí se reincorporaron muchos españoles del exilio [...]. De vez en cuando un pequeño expediente, pero más bien yo creo que era por cumplir. Esa revista tenía una ventaja muy grande y era que salía muy lejos de Madrid. En Madrid hubiera sido más difícil".

PAPELES DE SON ARMADANS ha querido venirse a nacer a Mallorca, rodeado de agua por todas partes... En todo caso, no olvide, quien leyere, ni el sosiego insular, ni la perspectiva de la distancia, ni la desintoxicación de miasmas literarias que producen, al alimón, el aire libre y la luz¹.

PAPELES DE SON ARMADANS nació en Mallorca, creció y vive en Mallorca y morirá, cuando Dios se disponga señalarle el momento, donde pueda. [...] PAPELES DE SON ARMADANS es -quiere ser- una revista de provincias, una empresa que, sin menosprecio de la corte, tampoco cargue sobre sí con el rígido y constreñidor tabú cortesano. El meridiano de España -pensamos en PAPELES DE SON ARMADANS- no pasa por Madrid o, mejor dicho, no pasa tan sólo por Madrid, sino por todas aquellas lindes, por remotas que fueren, en las que un español respire y piense. Los hombres que hacemos estos pliegos, proclamadamente provincianos y aun campesinos...²

Sin embargo, aceptemos las afirmaciones de los editoriales con un pequeño matiz: la revista mallorquina disponía, en realidad, de un doble centro de recepción y distribución, aun cuando la elaboración material de la misma se efectuara en Mallorca, en la casa de Cela y en la imprenta artesanal de Mossèn Alcover³; las mismas portadas de la revista ponían de relieve esta circunstancia: Madrid-Palma de Mallorca. La corresponsalía de Madrid, por llamarla de alguna manera (puesto que la capacidad decisoria, como era lógico, estaba en manos de Cela), se encomendaba, por lo general, al secretario. Y el primero en desempeñar esta función fue José Manuel Caballero Bonald, cuya relación con Cela databa de algunos años antes a la fundación⁴. La insularidad de la revista nos la pone en conexión con otra que, de alguna forma, será el espejo -en este caso plano y pulido- en que se mire *Papeles*: me refiero,

¹«Algunas inevitables palabras», *P.S.A.*, I, nº1, p. 10.

²«Pequeña fiesta», *P.S.A.*, XVII, nº 50, pp. 156-157.

³*Vid.* C. J. Cela Conde, *op. cit.*, pp. 123-125.

⁴Los sucesivos secretarios, después de Caballero Bonald, fueron J. M^º Llompert (sobre el que recaerían las labores de gestión y de suscriptores desde el principio de la revista), J. C. Trulock, S. Vilar, A. Fernandez Molina, J. B. Argüelles, F. Corugedo y C. J. Cela Conde. Esta es la relación facilitada, y en el mismo orden, por Cela Conde (*op. cit.*, p. 129).

obviamente, a la madrileña *Insula*, la mítica publicación aparecida por vez primera en enero de 1946. Sin duda el nombre, tomado de la librería de la calle madrileña del Carmen y que sirviera de sustento y refugio al depurado Enrique Canito, hace referencia tanto al aislamiento del exilio interior, como a la idea de servir de refugio para los naufragos de ese mismo exilio¹; y Camilo José Cela conoció los entresijos de *Insula*, a cuya tertulia asistió esporádicamente.

Al fundar *Papeles* durante el «año sabático» que se concedió para disfrutar de los dólares venezolanos, y como fruto de la incapacidad del escritor para la inactividad, Cela pudo tener muy presente el modelo de la revista madrileña, no tanto en la confección material de la misma, muy distante la una de la otra², sino en la orientación y en el propósito que una y otra revistas perseguirían: irradiar cultura desde un oasis liberal, fomentando todo tipo de actividades paralelas y cultivando la tertulia como elemento dinamizador³. Las coincidencias entre ambas revistas se deben, entre otras razones, a los

¹ En «Breve historia de *Insula*» (*art. cit.*, p. 1), José Luis Cano escribe al respecto: "No explicábamos el título de la revista, pero teníamos una doble motivación: en primer lugar las resonancias literarias de la palabra misma, desde Cervantes a San Juan de la Cruz. Pero también la palabra «ínsula» era para nosotros un símbolo, una isla literaria en medio del desierto cultural de los primeros años de la posguerra española, cuando la gran mayoría de los escritores españoles tuvieron que marchar al exilio". El opresivo ambiente cultural del Madrid franquista y las actividades de muchos de los contertulios de *Insula* nos los ha transmitido J. L. Cano, durante muchos años director de la misma, en su diario *Los cuadernos de Velintonia*, Barcelona, Seix Barral, 1986.

²Tanto en el formato como en el diseño y en la calidad de papel y encuadernación, la revista de Cela pone de relieve su pasión de bibliófilo; el escritor gallego cuidaba hasta los mínimos detalles, como podemos apreciar en la selección de los grabados (en los dos o tres primeros años, los grabados eran de la colección xilográfica de Guasp. Resulta interesante observar el amor que Cela dispensó hacia esta antigua casa mallorquina, denunciando el levantamiento de la misma en 1958 en una nota firmada por la Redacción: «Una pérdida sensible para Mallorca», en *P.S.A.*, IX, nº 26 [Mayo de 1958], pp. 239-240; anteriormente, la imprenta y la colección Guasp había sido estudiada por Luis Ripoll, «Noticia de la Imprenta Guasp y su colección de xilografías», en *P.S.A.*, I, nº 1, pp. 123-128).

³Las tertulias en la librería *Insula*, en las que "se respiraba un ambiente liberal, y no faltó seguramente algún policía secreto que husmease lo que se hablaba en ella" (J. L. Cano, *art. cit.*, p. 1), contaron con la presencia de Guillén, Aleixandre, D. Alonso, A. Castro, R. Chacel, J. Caro Baroja, M. Aub, C. Bravo Villasante, F. Ayala, E. Soriano, entre otros muchos. Todos ellos colaboraron con sus trabajos tanto en *Insula* como en *Papeles de Son Armadans*. Sobre las tertulias y conferencias que tuvieron por escenario la casa de Cela hayamos puntual relación en los *Papeles de Son Armadans* (A. Castro, R. Menéndez Pidal, B. de Otero, Tristán Tzara, J. Guillén, L. Villalonga, ... y La Chunga -que ofreció un recital de flamenco); *vid.* Cela Conde, *op. cit.*, pp. 103-106, para ciertas interioridades de estas tertulias.

colaboradores; repasando los índices¹ podemos observar que la nómina parece intercambiable, situación que se extiende a Cano y Cela². Desde Aranguren a Max Aub, pasando por Américo Castro, Ramón Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Dámaso Alonso, José Ferrater Mora, Juan Marichal, José Aumente y un sinfín de firmas, el pensamiento se explana gustoso por ambas revistas. Varios de los colaboradores serán objeto de homenaje en ambas publicaciones. Las relaciones fueron constantes y gratas, aplaudiendo una las iniciativas de la otra y haciendo causa común en no pocas ocasiones. También ambas revistas fomentaron con su sello las labores editoriales, más refinadas en *Papeles*,³ y ambas dedicaron números de homenaje a figuras entonces en entredicho por el régimen franquista⁴.

Sin embargo, algo me parece conveniente apuntar tan sólo, a la espera de un estudio más demorado sobre la cuestión: me refiero al sesgo que tienen las diversas colaboraciones en *Papeles de Son Armadans*. Como es sabido, Cela organizó su revista según un esquema que permaneció prácticamente fijo durante su larga vida: abrían el número unas palabras del propio Cela, a modo de editorialillo; seguían después una serie de secciones fijas, cuyos títulos tenían procedencia literaria con valor de lema; terminaba con unas escasas páginas de publicidad, con frecuencia de editoriales o de carácter general

¹A pesar de ciertas deficiencias, son útiles los índices elaborados por A. R. Fernández G. (con la colaboración de A. Roig, L. Gradillas, M. Martínez-Lage y R. Mugarza): *Índices de la Revista «Papeles de Son Armadans»*, Pamplona, Eunsa, 1986; y J. Gómez Sempere: *Índices de la Revista «Insula» (1946-1980)*, Madrid, Dirección General del Libro y Bibliotecas (Panoramas Bibliográficos de España, nº 4), 1983 [con anterioridad se había editado un índice recopilado por C. Bergés: *«Insula»: 1946-1956. Índice de artículos y trabajos aparecidos*, Madrid, ed. Insula, 1958].

²Camilo José Cela publicó en *Insula*, nº 17 [Mayo de 1947], p. 1, un célebre artículo sobre la novela: «A vueltas con la novela», en donde reivindica la indefinición esencial del género. Con matices, volvería sobre el asunto un año después en «Más sobre la novela», nº 31 [Julio de 1948], p. 8. Cano sería colaborador más asiduo de los *Papeles*, con una larguísima relación de trabajos.

³Algunas obras editadas por Cela, auténticas joyas bibliográficas, tuvieron gran repercusión, a pesar de su limitada tirada. Recuérdese la edición de *Gavilla de fábulas sin amor* (1962), con ilustraciones de Pablo Picasso (vid. Cela Conde, *op. cit.*, pp. 134-142, en donde se relata los pormenores de la edición). Cela, por otra parte, formó varias colecciones de textos bajo el sello de los *Papeles de Son Armadans*, tanto de poesía (en las tres lenguas, aunque la de mayor frecuencia fue la de castellano, «Juan Ruíz»), como de teatro y prosa. También hay que señalar el esfuerzo editorial que Cela realizó con los dos Almanagues (1958 y 1959) con que felicitaba, a modo de aguinaldo, a sus lectores y los múltiples números-bis de la revista.

⁴Picasso, García Lorca y otros muchos serán homenajeados en las páginas de *Papeles de Son Armadans*.

mallorquín. Sobre los editorialillos de Cela volveré después. Las secciones fijas seguían un orden casi escolástico: pensamiento («El taller de los razonamientos»), poesía («El hondero»), cuento («Plazuela del Conde Lucanor»), breves ensayos sobre literatura («Yunque de tinta fresca»), reseñas de libros y noticias («Tribunal del viento») y, ya en otro tipo de papel y color -azul, salmón, verde y amarillo, con preferencia-, las noticias de los corresponsales en el extranjero («La atalaya y el mapa»); estas secciones fueron las más regulares, aunque no las únicas, pues había otras dedicadas al teatro («Corral de comediantes»¹), el género epistolar («El reloj de las epístolas»), los viajes («Las botas de siete leguas»), la pintura («El bando de los ángeles») y algunas más de carácter heterogéneo («Astrología rústica y pastoril» o «Los días sobre la tierra»). No se agota aquí el catálogo de las secciones ideadas por Cela.

Dada la delicada situación de que disfrutaba la escritura, sobre la que pesaba la enorme amenaza de la censura -ejercida principalmente en los depósitos previos de los artículos-, se comprenderá fácilmente que la sección con la que habría de tener más cuidado Cela era con «El taller de los razonamientos», la más susceptible de introducir críticas inconvenientes. Si analizamos el contenido de los trabajos de la sección, encontramos pocos elementos directos de crítica hacia el régimen político, con excesivos planteamientos éticos abstractos y, la mayoría, con una base ideológica común como era el liberalismo amparado en la II República, ya de corte cristiano, ya orteguiano o azañista. Esta observación no excluye la esporádica colaboración de elementos que, partidarios inicialmente del levantamiento franco-falangista, fueron evolucionando hacia una disidencia interna (Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Laín Entralgo, etc). Sin embargo, sí fue radicalmente excluido cualquier atisbo de ideología marxista y, no digamos ya, anarquista. El hecho de que José María Castellet, compañero de viaje de socialistas y comunistas, al tiempo que máximo teorizador del «realismo social», publicara en esta sección un artículo titulado «La conciencia de Svevo», no significa que se apartara un ápice de los límites de la crítica literaria². Esta apreciación puede extenderse a algún otro caso de la revista,

¹En esta sección publicó F. Lázaro Carreter su drama *Un hombre ejemplar*(P.S.A., II, nº 4 [Julio de 1956], pp. 59-86; nº 5, pp. 185-206; nº 6, pp.299-322; y III, nº 7 [Octubre de 1956], pp. 69-83).

²P.S.A., I, nº 1, pp. 42-51. Atribuyo este hecho a la indefinición del contenido de las secciones en los primeros números de la revista. Castellet continuó colaborando asiduamente, pero desplazado a otras secciones más adecuadas, ya que sus trabajos incidían en sus conocidos postulados teóricos en literatura o en presentar y analizar los últimos

aunque tal vez de menor significación, y si he escogido el ejemplo de Castellet es para mostrar, de paso, el escaso espíritu de polémica que guía a la revista de Cela: el crítico catalán publicó un estudio, «De la objetividad al objeto. A propósito de las novelas de Alain Robbe-Grillet»¹, que levantó cierta polémica en otros medios², pero cuyas consecuencias fueron ignoradas en *Papeles de Son Armadans*.

Esta situación contrasta, en cambio, con la concurrencia en las otras secciones, especialmente en «El hondero», donde encontraron acomodo las plumas de reconocidos opositores cripto-marxistas o nacionalistas, junto a falangistas desengañados y acérrimos franquistas. Las diversas Españas, la interior y la exterior, la central y la periférica, encontraron un punto de reunión. La revista celiana, desde su primer número, se presentó como un lugar de encuentro en la periferia: en ese punto confluían, no sólo diversas formas de pensamiento, sino también las diferentes lenguas del estado. El catalán y el gallego, sobre todo en poesía y en la sección a ella dedicada -«El hondero»-, hallaban cómoda palestra en *Papeles*; si no tuvo igual suerte el

narradores extranjeros, vertiente en que su trabajo fue inestimable, acercando al desconectado lector español a aquellas manifestaciones literarias novedosas.

¹P.S.A., V, nº 15 [Junio de 1957], pp. 309-332.

²Llama la atención la reacción de Eusebio García-Luengo, crítico literario de *Indice*, el cual mantuvo una enconada lucha contra los novelistas sociales. A Castellet le respondió con su trabajo sin firma «La "objetividad" en la novela española. Exactamente al revés» (en *Indice*, nº 103 [Julio de 1957], suplemento). Con anterioridad, ya había manifestado su discrepancia con Castellet, a raíz de publicar éste *La hora del lector*, en «Lo "objetivo" y lo "social"» (en *Indice*, nº 91 [Julio de 1956], p. 5). Cierta antipatía hacia Cela -y el tremendismo- rezuma «Crónica del Premio de la Crítica» (*Indice*, nº 88-89 [Abril-Mayo de 1956], p. 31), en donde muestra su disconformidad con el procedimiento seguido en las votaciones, dejando entrever que su voto (pues formó parte del jurado, junto con Castellet entre otros y presidido por F. Ynduráin, el 8 de Abril de 1956 en Zaragoza) no se decantó hacia *La catira*, novela que fue finalmente la ganadora. Cela se ocupó de la cuestión en uno de sus editorialillos, «En torno al Premio de la Crítica» (P.S.A., I, nº 2 [Mayo de 1956], pp. 131-134), aunque respondiendo finamente a un artículo aparecido en *La Vanguardia* barcelonesa (11 de Abril), y en donde vuelve a insistir en su aversión a los premios literarios, "la tinta de calamar que enturbia las aguas del confuso batiburrillo literario español" (p. 133); sin embargo, y como anticipándose a García-Luengo, añade: "Pero nos conforta la idea de que este premio de la crítica, por vez primera en nuestra historia literaria contemporánea, levanta su tinglado sobre bases lógicas y sensatas: la de no obligar a los autores a presentarse [...]; la de considerar todas las obras publicadas en el lapso de tiempo que se marca [...]; la de no marcar temas sino género, y la de no dejarse influir por razones -comerciales, políticas, de amistad- ajenas a las meramente estéticas" (*ibid.*). Algunos años después, la redacción de P.S.A. responderá a unos errores vertidos en *Indice* (nº 163-165 [Julio-Septiembre de 1962], extraordinario dedicado a los toros) a propósito de *Toreo de salón* con una «Aclaración» seca y distante (P.S.A., XXVIII, nº 82 [Enero de 1963], p. 97).

vascuenca fue, en expresión de su director, porque no encontró textos¹. Ahí aparecen algunos bellos poemas en catalán, como «Cor delatat» de C. Riba (éste, en el número inicial), «L'heredat ques es perdia» de J. Teixidor, «La balada del Sena» de J. Perucho, «Carta a Carles Riba» o la «Oda a Joan Miró» de Blai Bonet, «Dos poemas de Nadal» o «En Joan Miró i Na Madrona Puignau, de Palau-saverdera» de J. V. Foix, «El vell. L'home dels camps» de Marià Villangómez o «Tres vols» de Cl. Arderiu, algunos de ellos en versión del propio Camilo José Cela², como en gallego se imprimen -aunque siempre en menor cantidad- «Estes son os versos que o poeta da terra cha lle fixo, na melancônia do outono, a unha sua amiga, pos tiña saudade da sua voz» de M. María, «Dos poemas» de R. González Alegre o la «Cantiga de amigo para Xoan Miró» y «O tempo solprendido» de C. E. Ferreiro, y hasta Cela nos obsequia con «Tres poemas» en su lengua materna. Estos son ejemplos, por poner algunos, de los dos primeros años de existencia de *Papeles de Son Armadans*, que quieren tener un valor de muestra y no exhaustivo, pues en años sucesivos publicarán J. Brossa, J. Carner, J. Díaz Jacome... Tampoco la prosa se encuentra totalmente ausente, como un cuento de J. Pla, «Un análisis», o la versión castellana de un texto de L. Villalonga, «La muerte de una dama»³.

Del mismo modo, las desgarradas voces de los supervivientes del grupo del 27 (Aleixandre, Guillén, Alonso, Alberti, Prados, etc) se mezclan con las de Juan Ramón; junto a la palabra de los jóvenes del 36 (el propio Cela, Rosales, Vivanco y otros) se estampa la de los entonces más jóvenes de la escuela de Barcelona (Barral, Gil de Biedma, J. A. Goytisolo y demás). Aquí publican Valente, Hierro, Valverde, Leopoldo de Luis, Cernuda, Caballero Bonald, Blas de Otero, Celaya, Gerardo Diego, Carmen Conde... La relación sería larga, como larga sería la sucesión de movimientos y tendencias,

¹Entrevista de López-Barxas, *loc. cit.*, p. 77.

²Siempre se acompañó la traducción al castellano de todas aquellas colaboraciones que fueran en otra lengua, peninsular o no.

³En versión de Jaime Vidal Alcover, apareció en sucesivas entregas en papel de color: *P.S.A.*, IV, nº 10 [Enero de 1957], pp. 112-128; nº 11, pp. 240-256; nº 12, pp. 364-384; y V, nº 13, pp. 102-127. Las relaciones, un poco especiales, entre Cela y Villalonga nos han sido relatadas por Juan Bonet, en «Memoria de amigos y cosas», *Bitzoc*, nº 1 [Octubre de 1976], pp. 113-126, aun cuando algún dato aparezca deformado, sin duda producto de la memoria lejana. Añadiré que Villalonga colaboró algo en la revista celiana; por ejemplo, es el traductor de un texto de Roger Munier («Contra la imagen», *P.S.A.*, III, nº 7, pp. 23-33).

demostrando Cela una tendencia ecléctica al respecto, alejada de dogmatismos y clanes literarios¹.

El por qué del estudiado equilibrio celiano responde a causas obvias: la censura franquista estaba más atenta a la caza de ciertos fantasmas ideológicos, acechando sobre los vestigios que pudieran poner en duda la legitimidad del régimen o incitaciones al socavamiento del mismo, por muy sutiles que pudieran ser. En tales circunstancias, atender a "cosas de poetas" era considerado secundario; por otro lado, nunca fue excesiva la cultura de que hicieron alarde los censores, por lo menos los más aplicados, y si éstos la tenían hicieron un uso disciplente de sus facultades. Siempre quedaba, en última instancia, el recurso al secuestro de la publicación. Aun así, en la historia de toda censura figuran "goles" escandalosos ante los que no se supo reaccionar. Por otra parte, ya en el lado del editor, Cela no estaba dispuesto a sufrir reveses que pudieran poner en peligro la revista; y no consta que *Papeles de Son Armadans* tuviera tropiezos con la censura, tal vez algún expediente que el escritor gallego supo ahuyentar a tiempo. El único revés fue económico y condujo a la muerte de la revista, pero ya eran tiempos preconstitucionales (aun cuando el último número salió con la Constitución recién promulgada)². No obstante, y en descargo de Cela, hay que señalar el

¹Una valoración previa de las colaboraciones es la que realiza A.-R. Fernández G., «Los *Papeles de Son Armadans*» (en *Insula*, nº 518-519, pp. 21-22): con respecto de los cuentos, "es imposible, dada la variedad de autores, intentar clasificaciones o agrupamientos. Sí se puede afirmar que en los comienzos se comprueba un cierto aire kafkiano o tendencias sociales. Pero luego no faltan relatos poemáticos, eróticos o costumbristas"; sobre la poesía, "ilustra todas las tendencias y modos de la historia de la poesía española de los últimos cincuenta años"; para el teatro, "incluso se puede afirmar, con escaso margen de error, que lo que aquí se publicó andaba al margen de la historia del teatro de aquellos años. Los textos, desde la óptica de lo puramente literario, son excelentes, pero no andan sobrados de valores teatrales (es decir de las cualidades que pudieran convertirlos en *espectáculo*)".

²En varias ocasiones, Cela ha manifestado la absoluta independencia económica de la revista, reconociendo una ayuda bancaria para el número monográfico dedicado a A. Ferrant. Su hijo (*op. cit.*, p. 127) señala tres fuentes de ingresos únicamente: los suscriptores (con una cartera holgada de peticiones de universidades americanas); la venta en librerías, escasamente rentable; la publicidad (parte de pago, parte de intercambio). Como ocurría con otras revistas, circularon en su tiempo numerosos rumores sobre misteriosas formas de financiación: al respecto, la palma se la llevó *Índice*, la revista que adquiriera Juan Fernández Figueroa en 1951 y que nunca aclaró la procedencia del capital que sostenía la revista, originando todo tipo de conjeturas, en las que se mezclaron ciertas fortunas del régimen franquista. J. L. Cano, en su diario velintoniano, recoge algunos de los rumores surgidos en torno a la financiación de las revistas. Con respecto a *Papeles*, Cela Conde escribe con desenfado: "Uno de los misterios que más intrigaron a la *intelligentzia* madrileña fue la manera como se las arreglaba para subsistir una revista literaria que se editaba, además, en provincias. La opinión más extendida sostenía que *Papeles* la pagaban los March, pero no es

carácter eminentemente literario de los *Papeles*, lo que constriñe notablemente las reglas del juego. Pero tampoco podemos decir que toda, ni aun parte, de la escritura sea ingenua en sus fines.

Veamos un caso revelador de este proceder de Cela: fiel a su principio de dar cabida en su revista a todos aquellos escritores que le parecieran reunir un mínimo de calidad, no duda en publicar un cuento de Francisco Fernández Santos, «El hombre y el otro»¹, después de rescatarlo de la censura, con la que había tenido problemas. Realmente, el cuento no es inocuo, escrito bajo los esquemas del «realismo social»; sin embargo, en el ánimo del censor pudo pesar, en este caso concreto, el nombre del autor, puesto que el texto no reunía más elementos de crítica socio-política que otros cuentos que circularon sin problema alguno. Francisco Fernández Santos había sido secretario y redactor-jefe de *Indice*, entre los años de 1957 a 1959, pero que, en el momento de publicar Cela su cuento, se hallaba en París exiliado, como redactor de *Tribuna Socialista*. Desde las páginas de *Indice*, Fernández Santos había aportado una visión humanista de tipo orteguiano en materia literaria, frente al humanismo cristiano de corte liberal que representaba José Aumente², aunque ambos hicieron esfuerzos por distanciarse de los diversos sectores de procedencia falangista³; después, su evolución le llevó hacia el

cierto. [...] Ni la CIA ni el KGB mandaron nunca cheque alguno, pese a los rumores en contra. Pero se puede asegurar que CJC, en caso de que lo hubiesen hecho, habría sabido hallar entre los antiquísimos grabados de la colección Guasp alguno bien a propósito para el adorno de sus respectivos anuncios" (*op. cit.*, pp. 126-128). Sabemos que el nº 1 se agotó rápidamente (se tiraron 1.500 ejemplares), sacando Cela una segunda edición que, al parecer, tiene alguna diferencia, y que no he podido cotejar.

¹P.S.A., XXIX, nº 87 [Junio de 1963], pp. 287-300. Como es lógico, se publica en la sección «Plazuela del Conde Lucanor».

²Ambos protagonizaron una polémica al respecto, aunque Fernández Santos se manifiesta ya desde una óptica socialista. *Vid.* F. Fernández Santos: «Burguesía y libertad. Carta abierta a José Aumente», en *Indice*, nº 139 [Julio de 1969], pp. 3-4; y J. Aumente: «Libertades concretas. Carta-respuesta a Francisco Fernández-Santos», *ibid.*, p. 5.

³La ambigüedad y las profundas contradicciones que presidieron la vida de *Indice* -en especial, de su director, Fernández Figueroa- han sido analizadas con gran sagacidad por Jeroen Oskam: «Falange e izquierdismo en *Indice* (1956-1962): el fin y los medios», en *Medio siglo de cultura (1939-1989)*, ed. M. L. Abellán, *Diálogos Hispánicos de Amsterdam*, nº 9, Amsterdam, Rodopi, 1990, pp. 169-182; interesan aquí las pp. 171-173.

socialismo. Pues bien, Cela responde con cierta acritud a Fernández Santos en el mismo número de *Papeles de Son Armadans* en que se publica el cuento¹, a propósito de un duro artículo de éste en la parisina *Tribuna Socialista*², sobre la conveniencia de atacar al franquismo, y que el escritor gallego zanja "sin ánimo polémico, que no va ni a mi revista ni a mi circunstancia", aunque no vuelve a invitar a sus páginas a F. Fernández Santos, tras dejar constancia de la tergiversación de que han sido objeto sus palabras.

Aunque no tiene la redacción de una revista que identificarse con los puntos de vista sostenidos por los autores de las colaboraciones, lo cierto es que Cela -en realidad, único punto de vista específico de la redacción- corrió pocos riesgos en lo que al «Taller de los razonamientos» se refiere, limitando la gama ideológica desde sectores francamente conservadores (y con vinculaciones con la Iglesia, en algún caso) hasta el liberalismo democrático. La presencia de otras tendencias, señaladamente proscritas, se manifestaban críticamente en materia estrictamente literaria, por supuesto más defendibles -cuando no pasaban desapercibidas- ante la censura. Es el caso de poetas como Blas de Otero («Ca ni guer», «Que trata de España»), J. E. Cirlot («Denuncio la tortura») y otros muchos, o el de ensayistas como Aranguren o, en orden más específico, C. Rodríguez Aguilera («Arte y libertad»)³.

Sin embargo, en este contexto se produce una situación paradójica: a la hora de denunciar, quien lo hace con mayor fuerza va a ser el propio Camilo José Cela a través de sus editorialillos, algunos de ellos sinceramente duros con el franquismo o con aspectos colaterales sostenidos y asumidos por el régimen. ¿Cómo explicar esta situación? Probablemente, y en una actitud que se me antoja profundamente celiana, el escritor gallego señaló una «raya» hasta la que se podía llegar, pero no traspasar, excepto él mismo y con cautela, presentándose como adalid de una nueva crítica. Como he señalado en párrafos anteriores, Cela concibe *Papeles de Son Armadans*, entre otras razones, como una operación de cambio de imagen hacia la de intelectual liberal. Para ello, nada mejor que usar toda la parafernalia que podía legitimar

¹«Breve nota para F. S., redactor de *Tribuna Socialista*», en *P.S.A.*, XXIX, nº 87, pp. 223-224.

²En el nº 6-7 [Febrero-Mayo de 1963], p. 113. No he leído el texto en cuestión, aunque el origen de la disputa es un editorialillo que Cela publicó anteriormente, «Carta a Giulio Einaudi, mi editor italiano, sobre la libertad» (en *P.S.A.*, XXVIII, nº 83 [Febrero de 1963], pp. 119-122), y que Fernández Santos tergiversa, en opinión de Cela, dándole un sentido que le aleja del original. Sobre el editorialillo de Cela, uno de los más importantes de cuantos escribió, volveremos más adelante.

³En *P.S.A.*, XLIII, nº 128 [Noviembre de 1966], pp. 203-212.

su nueva presencia, rodeándose de un vasto conjunto de los pensadores más prestigiados y de los mejores escritores y artistas, acogidos en su casa o en las páginas de su revista, y fomentando encuentros internacionales como los poéticos de Formentor¹. La promoción que Cela necesitaba era ideológica y de imagen personal; para nada necesitaba un órgano literario en el que dar a conocer su obra literaria, suficientemente difundida y apreciada, y ante la que se despertaba la consabida expectación cuando anunciaba una novedad. Ello no impidió que algunos textos se difundieran inicialmente en los *Papeles*, como es lógico, pero ni son especialmente significativos en su proceso creador ni la cantidad es grande. Lo más relevante de la directa aportación de Cela a su revista serán los editorialillos que encabezan cada entrega; y de ellos me voy a ocupar, aunque de forma sucinta.

Mes a mes, durante tantos años, entregando unas breves cuartillas, se forma un material de estudio abundante y enjundioso². En cierto sentido, Cela

¹El Primer Encuentro de Poetas de Formentor surge como apéndice celiano del encuentro que meses antes hubo en Lourmarin, ambos en 1959. A continuación se celebró otro de novelistas, organizado por Carlos Barral, y del que surgiría el Premio Formentor de narrativa (una reseña de este encuentro, celebrado entre el 26 y el 28 de Mayo de 1959, se hallará en *P.S.A.* XIV, nº 41 [Agosto de 1959], pp. 207-212, firmada por Joan Fuster). Casi paralelamente, Cela -en colaboración con el Círculo Mallorquín y la Sociedad Fomento del Turismo- organizó unas Jornadas Europeas, en las que dictaron conferencias Menéndez Pidal (con clamoroso recibimiento incluido), Laín Entralgo, Pemán, López Ibor, Alomar, E. Lafuente Ferrari y J. Marías. Evidentemente, esta actividad europeísta de Cela, rompiendo el aislamiento cultural desde la periferia, sirvió para proyectar la imagen del escritor: "Las Jornadas Europeas de Palma de Mallorca han sido, en suma, además de una realidad de muy positivos resultados, una valiosísima experiencia para el futuro cultural de Mallorca, ese futuro por el que los PAPELES DE SON ARMADANS, desde su ángulo isleño, han roto ya más de una lanza" (se escribe en la crónica del acontecimiento hecha por J[osé] M[aría] LL[ompart], en *P.S.A.*, XIII, nº 39 [Junio de 1959], pp. 343-346 del presente nº). De estos acontecimientos se hace eco J. M^a Castellet en *Los escenarios de la memoria*, Barcelona, Anagrama, 1988, en especial las pp. 169-175. El encuentro poético de Formentor, celebrado entre el 18 y el 25 de Mayo, fue anunciado y enunciado en «Las conversaciones poéticas de Formentor» (en *P.S.A.*, XII, nº 36 [Marzo de 1959], pp. 235-238): "Las Conversaciones de Formentor pretenden un bien posible: el mantenido diálogo, la comunicación inmediata de los poetas españoles sobre el tema eterno de la poesía" (p. 236); contó con la asistencia de una larga nómina de poetas y críticos (*vid.* Cela Conde, *op. cit.*, pp. 106-113); el «Poemario de Formentor» de los asistentes se publicó en *P.S.A.*, XIX, nº 57 bis [Diciembre de 1960], junto con los carteles de los pintores que colaboraron; la organización del encuentro fue uno de los eventos de los que más orgulloso se ha sentido siempre Cela.

²A su cita con el lector, Cela faltó en una ocasión: con cierto desparpajo anuncia una ausencia de dos meses en el editorialillo que lleva por título «Con la venia» (en *P.S.A.*, XXXIII, nº 97 [Abril de 1964], pp. 3-4); en efecto, los dos números siguientes de los *Papeles* no contienen editorialillo alguno y comienzan directamente con la sección de «El taller de los razonamientos». Algún otro número carece de editorialillo como texto específico que

vertirá sobre ellos una autobiografía de perfiles complejos e inconcretos, anímica o espiritual en ocasiones, pudiéndose percibir con nitidez ese cambio de imagen que tenazmente persiguió y consiguió. Sin duda, hay elementos de estos editorialillos que pertenecen a la más íntima manera del hacer de Cela: su gusto por las acotaciones líricas y descriptivas, en donde se percibe el rastro poético que tantas veces ha reivindicado para su prosa, incluso la más teñidamente tremendista¹; su pasión por el lenguaje, preciso y riquísimo, desgranado en matices y etimologías², fiel a su cometido de Académico³; la

encabece la revista, como ocurre con el monográfico dedicado a Gregorio Marañón con ocasión de su muerte (*P.S.A.*, XX, nº 60 [Marzo de 1961]), aunque cierra *Papeles* con un artículo, «Marañón, el hombre» (pp. 342-366), que es el texto de una conferencia leída en Palma de Mallorca.

¹Al respecto, resulta significativo el editorialillo en que evoca la estancia en Palma de Américo Castro («El viejo profesor», en *P.S.A.*, VI, nº 18 [Septiembre de 1957], pp. 227-230), rodeado de "cuatro poetas: el uno, francés y el otro, americano; el tercero, mallorquín y el cuarto, andaluz de Jerez de la Frontera. También estaba con ellos un novelista. Pero esto, poco importa. Los novelistas, según ya es sabido, son gentes poco dadas al sentimiento. Al menos, tal es lo que se dice aunque, como casi todo lo que no se calla, muy bien pudiera no ser verdad del todo" (p. 229). Cuando se piensa en Cela para ser incluido en una antología poética, responde al requerimiento del editor: "Le quedo [...] muy agradecido porque la verdad es que, como poeta, nunca se me hizo demasiado caso" (en «Poética y, antes, noticia de una antología», en *P.S.A.*, XXXVI, nº 106 [Enero de 1965], p. 3).

²Llama la atención la actitud de Cela con respecto al lenguaje en su relación con la realidad que designa, lo que percibo en numerosos textos, como si tuviera necesidad de redefinir el mundo ante la insuficiencia del lenguaje para manifestar su realidad interior; tal vez, de ahí el uso de constantes neologismos (un hermoso ejemplo bien pudiera ser *escrivida*, cruce de «escribir» y «vida», que opera sobre el participio vulgar «escrito/a» -*vid.* «Sobre unas palabras del pintor Rouault», en *P.S.A.*, VI, nº 16 [Julio de 1957], p. 6). No desligo esta actitud de la necesidad de resituarse en un mundo nuevo, en la elaboración de una nueva imagen. No en vano, en un momento determinado escribe Cela: "Sabido y admitido es que el ensayista ha de crear palabras, a cada instante que lo necesita que, en el caso extremo del ensayista filosófico, es casi siempre. A ningún lector de ensayos sorprende que su autor se salga de los usos y los diccionarios para precisar, bautizándolo con una sola voz, el concepto o el matiz escapado a ajenas o pretéritas lucubraciones" («Prólogo para un libro de ensayos», en *P.S.A.*, XIX, nº 56 [Noviembre de 1960], p. 119). Sobre el léxico de Cela, *vid.* Sara Suárez Solís: *El léxico de Camilo José Cela*, Madrid, Alfaguara, 1969.

³La Real Academia de la Lengua constituye -a lo menos, constituyó- otra pasión de Cela, profundamente halagado al resultar elegido. Cela Conde (*op. cit.*, pp. 150-165) cuenta algunas intimidades del proceso de elección y de la parafernalia que rodeó la entrada en la Academia. El carácter de Cela queda puesto de relieve en este episodio de su vida, ya que algo tan solemne tradicionalmente como es el discurso de ingreso (el cual versó sobre la obra literaria del pintor Solana, reproducido en *Papeles*, VIII, nº 22 [Enero de 1958], pp. 28-52; nº 23, pp. 130-149; y nº 24, pp. 247-266) se vio rodeado de elementos publicitarios -el célebre reportaje del diario *Arriba*, en el que había trabajado en los años cuarenta- que contribuyeron a reforzar su imagen popular de *outsider* triunfador; los vericuetos de la

fuerte presencia de la imaginación, que le conduce a una apropiación de la realidad¹; su casuismo, tan visceral como acomodaticio, casi siempre perteneciente al orden justificativo²; la ironía y el distanciamiento, de los que el autor no escapa³.

elección muestran la otra cara de Cela: fino navegante por el proceloso mar académico. La elección es agradecida por el escritor desde el editorialillo de *P.S.A.* («C.J.C., de la Real Academia Española», IV, nº 12, pp. 264-269): "Nuestro director -finjan ustedes indiferencia-se goza de haber sido llamado a la Academia" (p. 267), y ello, como en algunas notas necrológicas, "en plena juventud". Se justifica y se goza por ello, rechazando la frustración de quienes no supieron lograr el honor o de quienes escriben pensando únicamente en resultar elegidos para la Academia, y que luego acusan a ésta de ser un cenáculo muerto. Y con la fe del converso -pues algún pecadillo pasado al respecto tiene que hacerse perdonar- se lanza en el editorialillo del número siguiente («Carta a una dama atónita (Fragmentos)», en *P.S.A.*, V, nº 13 [Abril de 1957], pp. 3-10) a una sentida, aunque algo retórica, defensa del papel histórico de la Academia; al preguntarle la dama por su opinión sobre la Academia, tema hartamente concreto aunque vidrioso, responde: "Los juicios sobre la Academia, trataré de explicarle, suelen coincidir en un punto -el reconocimiento de su necesidad- y diferir en todos los demás. Es la costumbre. La Academia, amiga mía, también es, por fortuna, una costumbre. Sobre la Academia hay juicios para todos los gustos [...] y de ellos podría decirse que son juicios tangentes y no secantes, como la mayor parte de los juicios históricos que [...] tan presto envejecen" (pp. 5-6); con mayor sosiego analizará la función de la Academia, y la naturaleza del lenguaje, en otro editorialillo posterior: «Barrunte para la Academia y lanza en defensa de la lengua española» (en *P.S.A.*, XL, nº 119 [Febrero de 1966], pp. 115-122): "El problema de las Academias viene determinado por los dos ejes sobre los que fluctúan: su tendencia conservadora, que le lleva a no admitir muy ilustres voces [...], y el miedo a que se le eche en cara esa su tendencia conservadora..." (p. 121). Sin embargo, para apreciar la pasión academicista de Cela por el lenguaje, remito a su editorialillo «Sobre los nombres de los oficios del médico y el farmacéutico» (en *P.S.A.*, XXII, nº 66 [Septiembre de 1961], pp. 227-236), «Sobre los nombres de la nueva ropa clerical y los peligros de la jeriñauización del castellano (Contiene una propuesta, al final)» (en *P.S.A.*, XLIII, nº 128, pp.155-164), o bien su amarga queja en «¿Palabras válidas e inválidas?» (en *P.S.A.*, XXVIII, nº 84 [Marzo de 1963], pp. 227-232). Es sintomático que, en estos casos señalados, el autor gallego firme "Camilo José Cela. De la Real Academia Española" en lugar del escueto y habitual "C.J.C.".

¹Remito a D. García-Sabell, «Las claves de Camilo José Cela» (*Insula*, nº 518-519, pp. 29-30), para entender un modo de operar que ha sido estudiado reiteradamente por la crítica. A veces, la imaginación celiana se desenvuelve en parámetros cervantinos (*vid.* «Elogio de la vulgaridad», en *P.S.A.*, V, nº 15, pp. 243-246), llegando a imaginar la presencia de un consejero que le «sopla» la redacción de un editorialillo.

²Piénsese en sus anecdóticas teorías, como la del «cabestrismo» hispano (*P.S.A.*, V, nº 13, p. 5); Cela Conde relata algunas anécdotas al respecto (*op. cit.*, pp. 146 y 173).

³Es esencial en el juego que Cela establece con el lector el sometimiento a cierta técnica de aguafuerte de todos los elementos que intervienen en la comunión literaria, hasta el extremo de que cierto tipo de lector se sentiría defraudado de no encontrar esta forma de percepción en una obra del escritor gallego; en aras de lograr la ironía total, Cela se presenta casi siempre en *P.S.A.* como "el director", distanciándose e introduciendo una visión humorística de sí mismo, de la misma forma que en los relatos de viajes se presenta como "el

En conjunto, los editorialillos presentan a Cela en diversos frentes: defensivos, unos¹; catequistas, otros²; laudatorios, algunos³; mordaces,

vagabundo", o en sus crónicas "el cronista" -a veces, confluyen: "...el vagabundo -perdón, veníamos diciendo el cronista-, cae en el espejismo de sentirse..." («A orillas de la mar en Alicante», en *Balada del vagabundo sin suerte y otros papeles volanderos*, Madrid, Espasa-Calpe -col. «Austral»-, 1973, p. 66); en ocasiones, la redundancia machacona refuerza el distanciamiento de la fórmula impersonal: a modo de ejemplo, la fórmula de impersonalidad -"el viajero", en este caso- es utilizada en 19 ocasiones en «A orillas del cuerpo de hombre» (en *Balada del vagabundo...*, pp. 29-32), un texto de apenas tres páginas y media en pequeño formato).

¹Cela respondió a numerosos cuestionarios, reproducidos algunos en *Papeles de Son Armadans*, en donde trató de reflejar la imagen que se había propuesto dar; también escribió algunos editorialillos en los que «defiende» determinadas actitudes de las que fue beneficiario, como la concesión del Premio de la Crítica con *La catira* o el nombramiento de académico, sus viajes a Cuba o E.E.U.U. -por mucha ironía que contengan sus editorialillos sucesivos en forma de romance, «Viaje a U.S.A. o el que la sigue la mata» (en *P.S.A.*, XLII, nº 124 [Julio de 1966], pp. 6-10 (Primera parte. La despedida); nº 125, pp.115-122 (Segunda parte. Vuelo sobre la mar); y nº 126, pp. 211-225 (Tercera parte. Llegada a Nueva York)-, o la significación de su obra. En ciertos amagos de polémica, con una suave diplomacia, defendió su actitud: *vid. infra*. su respuesta a Rafael Sánchez-Mazas, a propósito de un artículo de éste en el diario *ABC*.

²Cela es hombre que nunca oculta sus opiniones cuando se le pregunta, y sucede con frecuencia que así lo haga, pues su notoria personalidad atrae el interés del público, general o restringido. En sus editorialillos, fiel al precepto de que el estilo es el hombre, suele aparecer el barniz de lo catequético en forma de afirmaciones tajantes, generalizaciones rotundas y, siempre, una determinación irrenunciable sobre los objetivos a perseguir en la vida, lo que se refuerza en la actitud indolente e irónicamente distanciada con respecto a cuanto no le interesa o resulta comprometedor.

³Cela dedicó encendidos elogios a amigos suyos en numerosísimos editorialillos, a algunos de los cuales dedicó *Papeles* números monográficos: Joan Miró («La llamada de la tierra (Acta de un monólogo de J. M.)», en *P.S.A.*, VII, nº 21 [Diciembre de 1957], pp. 227-239); Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre y Federico García Lorca («Loa de los jóvenes sesentones y llanto por el poeta muerto en flor», en *P.S.A.*, XI, nº 32-33 [Diciembre de 1958], número muy importante, con colaboraciones de Guillén, Alberti, León Felipe, J. Hierro, J. M^a Valverde, el propio Cela, L. Panero, G. Celaya, Gil de Biedma, C. Barral, Valente, Leopoldo de Luis, Claudio Rodríguez, y una larga lista de críticos y escritores); el grupo *El Paso* («Señoras y señores», en *P.S.A.*, XIII, nº 37 [Abril de 1959], con la segunda y definitiva redacción del célebre manifiesto estético -pp. 29-31); P. Picasso («El viejo picador», en *P.S.A.*, XIII, nº 39, pp. 3-6); A. Tàpies («La imagen de la seriedad», en *P.S.A.*, XIX, nº 57 [Diciembre de 1960], pp. 227-230); A. Ferrant («El significado de las cosas (Acta de una hora en compañía de Angel Ferrant)», en *P.S.A.*, XX, nº 59 bis [Febrero de 1961], y que el pintor no llegó a ver por escasos días); Emilio Vedova («Animagrama de E. V.», en *P.S.A.*, XXVII, nº 80-81 [Diciembre de 1962], pp. 115-118); J. Ulbricht («Doce retratos españoles», en *P.S.A.*, XXXVII, nº 111 [Junio de 1965], pp. 3-6); como podrá observarse, la mayoría son pintores. En otras ocasiones, les dedica su editorialillo, sin ser el número monográfico: A. Castro («El viejo profesor», en *P.S.A.*, VI, nº 18, pp. 227-230, con

varios¹. También reflejan las circunstancias laborales del autor, ya porque define su trabajo, ya porque nos muestran el grado de ocupación del mismo. Hay que señalar que, pese a la reducida extensión de los editoriales -en general, cuatro o cinco páginas-, Cela es escritor lento, de trabajosa fluidez, como el propio escritor ha reivindicado en numerosas entrevistas², por lo que no siempre pudo -o quiso- elaborar unos editorialillos de naturaleza inédita para

motivo de la visita a Palma; «En los ochenta años de Américo Castro», en *P.S.A.*, XXXVII, nº 110 [Mayo de 1965], pp. 115-118); Menéndez Pidal («El espejo (Breve nota sobre dos instantes aún próximos todavía)», en *P.S.A.*, XIII nº 39, sobre el cumpleaños y la posterior visita a Mallorca); de nuevo, Picasso («Variaciones sobre cuatro temas de Pablo Picasso», en *P.S.A.*, VIII, nº 24, pp. 227-232); Azorín («Azorín (Tres o cuatro notas de cumpleaños)», en *P.S.A.*, XXXI, nº 93 [Diciembre de 1963], pp. 227-230); otros van dedicados a un colectivo más o menos numeroso de artistas («Los amigos (Algunas presentaciones)», en *P.S.A.*, XXII, nº 65 [Agosto de 1961], pp. 115-122; «Los amigos, II (Algunas presentaciones)», en *P.S.A.*, XXVI, nº 78 [Septiembre de 1962], pp. 227-232; «Diez amigos», en *P.S.A.*, XXIX, nº 86 [Mayo de 1963], pp. 115-118). En otro apartado habría que situar los homenajes a artistas y escritores muertos, todos profundamente admirados: J. G. Solana («De San Macario a San Juan, con cincuenta y nueve años por medio», en *P.S.A.*, XI, nº 33 bis [Diciembre de 1958]; el pintor fue objeto de análisis en el discurso de ingreso de Cela en la Academia); Silverio Lanza [Juan Bautista Amorós] («A los cien meses de haber nacido», en *P.S.A.*, XXXIV, nº 100 [Julio de 1964], pp. 3-6); el peculiar homenaje a Unamuno, al que se dedican doce estudios en otros tantos números de la revista, bajo el título genérico de «De Setiembre a Setiembre, amor y pedagogía», comenzando en *P.S.A.*, XXXIV, nº 102 [Septiembre de 1964], ya que el escritor nació en Septiembre de 1864, el día de San Miguel, y termina en *P.S.A.*, XXXVIII, nº 114 [Septiembre de 1965], después de un paréntesis en *P.S.A.*, XXXVII, nº 111; o, por no estirar la lista, Valle-Inclán («Don Ramón del Valle-Inclán cumple cien años», en *P.S.A.*, XLIII, nº 127 [Octubre de 1966], pp. 5-8).

¹Por mordaces entiendo aquellos editorialillos que fustigan sin piedad vicios o actitudes sociales e individuales, sin olvidar que Cela disemina esta mordacidad por sus páginas con frecuencia pero sin constituir el objetivo esencial del texto. Representativos me parecen los editorialillos «Elogio de la vulgaridad» (en *P.S.A.*, V, nº 15, pp. 243-246); «Temas tradicionales» (en *P.S.A.*, X, nº 30 [Septiembre de 1958], en una línea que nace en Larra; «Sobre la necesidad, ese azote del hombre» (en *P.S.A.*, XXI, nº 61 [Abril de 1961], pp. 3-6); «Loa de murcianos, almerienses, manchegos y otros hambrientos» (en *P.S.A.*, XXXV, nº 103 [Octubre de 1964], pp. 3-6; o bien, «Nota sobre la burguesía (Del prólogo a las Memorias de José M^a de Sagarra)» (en *P.S.A.*, V, nº 14 [Mayo de 1957], pp. 135-137), sobre el que volveré. Puede verse ironía en mayor o menor medida por muchas de sus páginas, no sólo de los *Papeles*, como la de cierta misoginia cultural (que no vital) en sus cartas a "una señora" de acomodada posición (evidente concreción ficticia de la denostada burguesía); como ejemplo, *vid.* los tres editorialillos sucesivos «Primera carta a una joven señora amante de los libros» (en *P.S.A.*, IX, nº 26, pp. 115-118), «Segunda carta...» (en *P.S.A.*, nº 27, pp. 243-250) y «Tercera carta...» (en *P.S.A.*, X, nº 28, pp. 3-7).

²Léase, en especial, «La gran venganza» (en *P.S.A.*, VI, nº 16, pp. 115-121). No en vano, ha sentenciado contundente "la inspiración, señora, es trabajar todos los días" (en *Balada del vagabundo...*, ed. cit., p. 119).

los *Papeles de Son Armadans*, en especial en épocas de continuos viajes¹. En estas circunstancias, aprovecha numerosas páginas que aparecerían publicadas en otros ámbitos, abundando los prólogos de traducciones a otras lenguas o, en determinado momento, los que habían de abrir las reediciones de su obra en la editorial Destino, Alfaguara y demás². La irregularidad, pues, en la década inicial de los *Papeles* se debe a factores aleatorios.

De alguna manera, todos los editorialillos nos muestran las incidencias en la vida de Cela, haciéndose eco de la desenvoltura de la vida cotidiana³, del transcurso del tiempo, de las desapariciones de los escritores amigos o

¹Cela Conde (*op. cit.*, pp. 128-129) incide en esta circunstancia, aunque los efectos nos los presente algo desproporcionados: "Pero con cierta frecuencia (muy de vez en cuando al principio, pero más a menudo con el paso de los años), CJC estaba fuera, de viaje, o se dedicaba a otros menesteres; la revista quedaba entonces en las exclusivas manos de quienes dedicaron ilusión, cariño y fe a *Papeles* [...]. Durante las ausencias de mi padre, que, tal como se ha dicho, fueron haciéndose más y más largas cada vez, el secretario se convertía, de hecho, en un director accidental; su huella era claramente visible tanto en el contenido literario de la revista como en el combate mantenido en la imprenta para sacarla sin demasiadas fechas de retraso". Por lo que afecta a la década inicial estudiada, a partir de 1963 se percibe la presencia en los *Papeles* de materiales no concebidos específicamente como editorialillos de la revista (abunda la reproducción de prólogos a sus diversas obras, ya reediciones en español, ya traducciones), algunos de difícil salida si no fuera por el aprovechamiento ocasional que hace Cela (por ejemplo, «Poética y, antes, noticia de una antología», en *P.S.A.*, XXXVI, nº 106, pp. 3-8, texto escrito en 1960).

²El aprovechamiento de los prólogos es recurso frecuente, anticipándolos Cela en numerosos casos a la salida en las editoriales para los que fueron escritos. Así, desde el primero que aprovecha, «Prologoillo para escolares ingleses» (en *P.S.A.*, XVIII, nº 52 [Julio de 1960], pp. 3-6; para una edición inglesa de *Viaje a la Alcarria*), o las «Palabras ocasionales» (en *P.S.A.*, XVIII, nº 53, pp. 115-118; para una edición en E.E.U.U. de *La familia de Pascual Duarte*), siguiendo por los que abrían los diferentes volúmenes de la *O.C.* en Destino (desde el vol. I, «Cauteloso tiento por lo que pudiera tronar» (en *P.S.A.*, XVIII, nº 54, pp. 211-236; texto muy interesante para comprender la poética de Cela). Sin embargo, un editorialillo, «Fallido prólogo de una edición escolar» (en *P.S.A.*, XIII, nº 38 [Mayo de 1959], pp. 131-139), llama la atención, puesto que Cela reproduce en su revista el texto que había de encabezar una antología del propio autor que preparaba Lázaro Carreter para la editorial Anaya; por la lectura del mismo podemos inferir dificultades con la autocensura, pues Lázaro considera inconveniente el prólogo y pide licencia a Cela para sustituirlo por otro escrito por él mismo; Cela le da carta abierta, pero la edición no se realizó por circunstancias que desconozco. En cualquier caso se trata de un texto interesante -aunque con alguna apreciación extemporánea, pero con la que no se justifica la suspensión de la edición- para comprender la poética del «apunte carpetovetónico» (remite a A. Vilanova, «Los apuntes carpetovetónicos de Camilo José Cela», en *Insula*, nº 518-519, pp. 71-73).

³Como ejemplo, *vid* «Tres eventos a popa» (en *P.S.A.*, XXXIV, nº 101 [Agosto de 1964], pp. 115-118), donde celebra su viaje a Norteamérica o el traslado a la nueva casa de La Bonanova.

admirados¹ -o ambas cosas a la vez-, sus onomásticas o los premios recibidos, así como multitud de anécdotas². También nos muestran sus discrepancias y sus devociones. Todos ellos, en definitiva, nos enseñan el humor y el ánimo del autor en cada momento, sus opiniones tajantes, sus preocupaciones literarias e intelectuales -en menor medida, sociales-, con abundancia de citas directas e indirectas de inúmeros libros, en donde se pone de relieve una erudición y una capacidad de lectura notables, en contraste con la aparente ausencia de reflejos culturales en su producción narrativa. Cela es hombre de escritura meditada y vida improvisada³, por lo que algunas de las afirmaciones contenidas en los editorialillos pueden parecer contradictorias o peregrinas, aunque presididas por la unidad inquebrantable del estilo.

Quisiera detenerme en alguno de estos editorialillos, aquellos que más me han llamado la atención, empezando por los que muestran el perfil del escritor. En los primeros números de los *Papeles de Son Armadans* Cela procura la sensación de tener cierta prisa en dejar constancia de su pensamiento con respecto a la figura del escritor en general y su papel en el mundo; es decir, en definirse indirectamente ante el lector de la revista. Así, «Sobre la soledad del escritor»⁴ constituye un alegato en pro de la soledad de la que debe rodearse el escritor, la cual sólo se encuentra en contacto con la naturaleza:

La superioridad del escritor -dogma social que proclamamos- ha de refugiarse, para ser mantenida, en la soledad: en el pueblo, en la montaña, en el mar... con todos sus defectos, (p. 262)

para continuar afirmando que el escritor

¹Muchos editorialillos están escritos en recuerdo de colegas muertos: Marañón, Baroja, Altolaguirre, Camus, etc.

²Léase el editorialillo afortunadamente divertido en su resolución, aunque angustioso en su desarrollo, «León Felipe no ha muerto» (en *P.S.A.*, XIV, nº 42, con fecha exacta: 7 de Septiembre de 1959).

³Ya en 1960, Cela afirma: "La verdad es que casi todo lo que me ha ido ocurriendo en esta vida me llena de sorpresa" (en «Prologoillo para escolares ingleses», p. 3).

⁴En *P.S.A.*, I, nº 3 [Junio de 1956], pp. 259-262. Sobre la soledad y la tranquilidad que deben rodear la escritura volverá con frecuencia Cela, como «Elogio de la medida y teoría del tiempo al tiempo» (en *P.S.A.*, III, nº 9 [Diciembre de 1956], pp. 235-238), o «La llamada de la tierra (Acta de un monólogo de J. M.)», (en *P.S.A.*, VII, nº 21, pp. 227-239).

es un animal omnívoro de paisajes y decorados, un ser de hambrientas fauces devoradoras de geografías urbanas, rurales, campesinas, marineras: cada cual a su debido tiempo. (p. 259)

Cela, como vemos, pretende enlazar su pasado urbano con su presente de retiro, rechazando al escritor que se deja devorar por la ciudad, la tertulia, la política, la vida social o la emulación, puesto que la vocación del escritor sólo es fruto que gana en soledad. Y la soledad, citando a Bécquer, es el imperio de la conciencia:

Un escritor sin conciencia es como un fiero animal sin ojos, algo de lo que es preferible no guardar memoria. (p. 262)

Más que la justificación de un pasado o de un presente, Cela pretende un tránsito mediante la armonización de dos formas de vida que pueden parecer antagónicas, lo que logra con una indudable capacidad dialéctica. En el número siguiente, «Acerca de la independencia del escritor»¹, la postura del autor gallego es tajante:

La voz del escritor encuentra -suele decirse, también suele callarse- su raíz más profunda y vivificadora en la independencia, esa humilde y lozana flor que brota en el áspero, en el umbrío -y deleitoso y juvenil- huerto de la rebeldía, (p. 3)

debiéndose luchar contra los lastres de esa independencia. A su vez, en el número cinco de los *Papeles de Son Armadans*, el editorialillo «Dos adjetivos

¹En *P.S.A.*, II, nº 4, pp. 3-6. El deseo de independencia debemos ligarlo al de la libertad del escritor, principio que Cela reivindica desde el primer número de su revista (*vid.* «El marinero», en *P.S.A.*, VIII, nº 23, pp. 115-120; «Brújula de todas las servidumbres del escritor», en *P.S.A.*, X, nº 29 [Agosto de 1958], p. 115). Y es esa independencia la que admira sobre todo en Pío Baroja («Ha muerto el viejo oso vascongado», en *P.S.A.*, III, nº 8 [Noviembre de 1956], pp. 127-129). Complementétese con los editorialillos «El deseo, la acción y la violencia» (en *P.S.A.*, XIV, nº 41, p. 115) y «Elogio del sosiego» (en *P.S.A.*, XVI, nº 47 [Febrero de 1960], p. 99).

en desuso»¹, tras haber hablado de la soledad y el solitario, de la independencia y el independiente, aborda el sentido de dos adjetivos, *leal* y *honesto*, que parecen haber perdido actualidad, y concluye:

Nadie ose querer apartar nuestras páginas de la doble vía de lealtad y honestidad que se han marcado. Sería vano intento, sobre torpe propósito, que jamás habría de dar fruto. (p. 126)

En «Los gozos y las alegrías del escritor»², tras señalar que infinitos son los primeros y eternas las segundas si se fundamentan en el propósito de no mentir, Cela concluye extendiendo tales estados de ánimo a su revista:

los PAPELES DE SON ARMADANS se saben y se sienten alegres y saludables, porque no ignoran que su verdad no es un secreto, sino una voceada noticia: algo que cada vez más es del público dominio. (p. 246)

Finalmente, en la «Nómina de las esperanzas y las desesperanzas»³, a modo de corolario de los editorialillos anteriores, Cela escribe un encendido elogio de la tarea del escritor, desde postulados de compromiso ético, en un tono entre lo lírico y lo erudito, tarea puesta en peligro por las tres piras de la maldición:

la hoguera púrpura de la hipocresía (mal anglosajón), la llama glauca de la avaricia (mal gálico), el fuego verde de la envidia (mal hispánico), (p. 4)⁴

¹En *P.S.A.*, II, nº 5, pp. 123-126.

²En *P.S.A.*, II, nº 6, pp. 243-246.

³En *P.S.A.*, III, nº 7, pp. 3-6.

⁴Insistirá Cela en esta tipología de los vicios nacionales en frecuentes ocasiones: *vid.* «Anteproyecto de preguntorio y sus respuestas» (en *P.S.A.*, XLI, nº 123 [Junio de 1966], p. 237), aunque aumenta la lista de tópicos en esta ocasión; en otro editorialillo, «Carta a una dama amiga sobre los gozos y los dolores de la amistad» (en *P.S.A.*, XIX, nº 55 [Octubre de 1960], p. 3) podemos leer: "El escritor [...] tiene muchos amigos -hipócritas si son ingleses, avaros si son franceses, envidiosos si son españoles- que a ninguno borra por más que todos hicieren...".

y concluye:

Alguien hará, algún día, la lista grande de las esperanzas y las desesperanzas del escritor, el censo de sus afanes y vicisitudes, la nómina de sus anhelos y de sus renunciaciones. Mientras tanto -y dando palos de ciego- el escritor espera (¿qué espera el escritor?) y se hunde en la pródiga y nutrida desesperanza (¿de qué, por qué, para qué desespera el escritor?). [...] Alguien hará, algún día y con hermosa letra de pendolista, la equilibrada nómina de las esperanzas y las desesperanzas del escritor. (pp. 5-6).

El conjunto de los editorialillos analizados forman una cierta unidad, no casualmente publicados en los primeros números de *Papeles de Son Armadans*, con los que Cela pretende cubrir su perfil de escritor desde principios abstractos de compromiso literario -es decir, una actitud-, los cuales, aunque no originales, manifiesta como propios. Podemos afirmar que Cela apunta hacia la defensa del escritor en una España que difícilmente acepta a sus mejores hombres:

Aquí -y a nuestros efectos y en esta circunstancia- nos basta con apuntar la dolorosa evidencia de que España, con sus veintiocho millones largos de habitantes, es un mundo que se desentiende de la voz de sus mejores o, dicho de otra manera, un mundo que confunde cuáles y quiénes son sus mejores, (pp. 260-261)¹

quizás, aunque no sólo, por culpa de sus mejores, por su falta de valor para sacar a relucir su verdad, aunque halla una disculpa para tal proceder ("El escritor, en España, es un hombre que, sobre escribir, necesita, cada mañana,

¹«Doce números (Carta del director al benévolo lector de estos PAPELES)», en *P.S.A.*, IV, nº 12, pp. 259-263.

hacérselo perdonar"¹, concluye en tono larriano). Claro es que el escritor, en España, es un ser marginado, al que ni se lee ni se reconoce como guía y espejo en que mirarse, de lo que se quejará amargamente Cela en numerosas ocasiones. Para terminar con este aspecto, Cela desea revestirse de una actitud que irradie honestidad, como la figura de un Albert Camus, "la conciencia de Europa"², al que admira profundamente y del que conoce con hondura su obra:

Camus es uno de los símbolos de la honradez. Camus es un solitario, un hombre que huye del grupo y del clan para poder repartir el bien sin mirar a quién. A la honradez, decía Juvenal en sus «Sátiras», se le alaba y se le deja morir de frío. Camus, abrigándola contra su pecho, ha querido ser la excepción. Y los suecos que dan el Premio Nobel supieron verlo así. (pp. 119-120)³

Andando el tiempo, Cela serenará los pensamientos que en los primeros años de los *Papeles de Son Armadans* se presentan como algo revueltos; en un editorialillo de 1960, sin ira y con prudencia, escribirá una bella reflexión sobre la actitud del escritor⁴.

Otro grupo interesante para el análisis es el constituido por editorialillos cuya intención pudiera interpretarse como política o, si se prefiere mayor amplitud, social. Uno de los secretos mejor guardados por Cela, hasta el extremo de que pudiera llegar a convertirse en un enigma, es el de su ideología política, eludiendo la cuestión en cuantas entrevistas se le han realizado. Por supuesto, sus obras son susceptibles de análisis ideológicos y, con frecuencia, se le ha achacado una deliberada «desideologización» de sus novelas⁵. Sin

¹*Ibid.*, p. 261. En parecidos términos se expresa en «Sobre unas palabras del pintor Rouault», en *P.S.A.*, VI, nº 16, pp. 3-8.

²«Escrito en la muerte de Albert Camus y a la luz de su antorcha», en *P.S.A.*, XVI, nº 46 [Enero de 1960], p. 6.

³«Se premia la honradez», en *P.S.A.*, VII, nº 20 [Noviembre de 1957], pp. 115-120. No deja de resultar llamativa la postura de Cela a la luz de los últimos acontecimientos.

⁴«Las reglas del juego», en *P.S.A.*, XVI, nº 48 [Marzo de 1960], pp. 227-230.

⁵Con respecto a la «desideologización» que afecta a Cela, sobre todo en algunas novelas como *San Camilo, 1936* -ejemplo paradigmático, según algunos críticos-, me parece interesante traer a colación cierto texto del propio escritor: "Más allá de Camus y de su actitud elegantemente romántica, nos permitimos pensar que el escritor no debe -no puede- poner sus armas al servicio de los protagonistas de la historia: sean éstos los que la fabrican o los que la padecen" («Brújula de todas las servidumbres del escritor», en *P.S.A.*, X, nº 29,

embargo, conocido es el desprecio que le ha merecido la clase política al autor gallego, expuesta por activa y por pasiva en cuantas ocasiones ha podido. En cierta forma, la cuestión así planteada me parece conducir a un callejón sin salida; es decir, Cela tiene unos orígenes ideológicos conocidos, aunque los haya tratado de ignorar en la medida de lo posible, y una postura final (dentro de lo que puede significar «postura final» o última, de la que no me parece que vaya a abdicar) también conocida¹. En párrafos anteriores he señalado el tránsito al liberalismo y la incidencia de su adscripción ideológica en la reconversión de su imagen, para lo que las páginas de los *Papeles* tuvieron gran importancia, aun cuando el escritor sostenga que su ideología es asunto privado -que lo es, y en este sentido nada debe objetar el estudioso de su obra- o la nula o escasa importancia que los análisis de tal aspecto puedan tener en su obra -lo que debe decidir el lector, en cuanto tal, y en la medida en que parezca coherente con el propio texto-. Reiteraré que la escritura nunca es ingenua y que, en el más negativo de los supuestos, siempre revela matices que pudieran escapar al control del propio autor.

En la dirección de lo apuntado, el proceso de evolución ideológica señalado *-franco-falangista/liberal/monárquico-liberal-* pertenecería a la esfera más íntima del autor si no fuera por la incidencia del mismo en su escritura. Por lo que afecta a ésta, y en el período demarcado en el presente estudio, tres o cuatro son los editorialillos que más poderosamente atraen la atención. Empecemos por aquellos que contribuyen a dibujar el microcosmos ideológico de Cela por estos años. Una actitud constante en los editorialillos, incluso en los que menor densidad ideológica podamos reconocer, será la defensa de la libertad de expresión por encima de cualquier circunstancia: escrito está y no podrá el viento con lo escrito. Ahora bien, a la luz del tantas veces citado editorialillo que lleva por título «Brújula de todas las servidumbres del escritor», Cela reivindica la libertad de expresión... para el escritor, en un acto de rabioso individualismo. Y para ello, el escritor gallego se refugia tras una batería de conceptos abstractos y contradictorios. Según

p. 116), aunque la argumentación no quede tan clara cuando afirma líneas después: "De la desobediencia de la historia surge la novela, como de la desobediencia del ángel brotó la quemadora fuente del fuego eterno" (p. 117), pues toda desobediencia histórica supone un acto necesariamente ideologizado; a veces, la negación de algo presupone reconocer aquello que se pretende negar.

¹ Cela aceptó formar parte de las Cortes Constituyentes como Senador de designación directa por el Rey, lo que no significa que su esporádica aparición en la arena política pueda considerarse como la de un político en sentido convencional, independientemente de las numerosas anécdotas a que diera origen el personaje. Por otra parte, sí ha explicitado Cela su adhesión a la monarquía, única de las conocidas en la trayectoria del escritor de Iria.

este editorialillo, al hacer el escritor el cómputo de sus rebeliones y servidumbres "se alarma ante la inutilidad de su esfuerzo, ante la impopular honestidad de su actitud" (p. 115), porque ha de acusar en un mundo turbio como el del presente -el de 1958, al menos-, ya que el escritor ha de caracterizarse por dos claras servidumbres: la verdad y la libertad. Señala, a continuación, que el escritor no debe ponerse de parte de nadie, ni tan siquiera de quienes se sienten aplastados por la historia. Una vez esto logrado, el programa es fácil, aunque tal vez no sea tanto distinguir verdad y libertad cuando la historia y sus fautores la desfiguran con eufemismos. Hemos de tener en cuenta que el particular concepto que de la Historia tiene Cela sólo parece tener aplicación para determinadas parcelas de la actividad humana: la cultura y, como apéndice particular, la escritura. Así, tras un ataque contra la tortura como privador de la libertad y deformador de la verdad, escribe:

Contra las falsas culturas que se apoyan en el velador de tres patas -la mentira, la opresión, la tortura- del macabro espiritismo que trata de confundirse -vana sombra- con la vida misma, al escritor no le queda sino apoyar cada vez más los pies en la tierra: ese leal confidente que, como nuestro propio corazón, aún no nos engañó. (p. 118)

Hoy, la literatura, como otras actividades, ya no son entretenimientos solitarios, como lo fueron en la Edad Media, puesto que

para el escritor de hoy -mes de agosto de 1958- la verdad no es ya un aire confinado sino un viento abierto, vivificador y compartido. Fuera de él no vive la literatura sino «lo literario», eso tan falso y que tan poco nos importa".(p. 118)

Resulta inevitable extraer la sensación de tratarse de un texto algo deslabazado, como si embutiera ideas que no consigue articular en un cursus orgánico y fluido, con cierta retórica sobrante, limitada a generalizaciones y abstracciones; el compromiso que late por debajo, de indudable sinceridad, se percibe tibio por los factores reseñados. Es decir, la falta de sedimentación ideológica, sobre todo en lo que afecta al concepto de Historia (sea cual fuere la opción analítica) perturba la efectividad del texto; desde luego, la fisura en

el liberalismo al que pretende acercarse delata una asimilación prematura de su ideología. Piénsese, por otra parte, en sus aireadas disquisiciones sobre el orden aparente o superficial y el real o profundo, para evidenciar sus contradicciones. Un último detalle sobre la libertad de expresión reclamada por Cela: en ninguno de los textos leídos concreta atentados contra esta reclamada libertad para el escritor, excepto la propia persecución sufrida por el autor¹ o... Andrei Sinyavsky y Yuli Daniel, escritores soviéticos²

En otro editorialillo anterior, «Nota sobre la burguesía (Del prólogo a las Memorias de José M^a de Sagarra)»³, pone de relieve esta característica celiana, puesto que su ardoroso alegato contra la medial de las clases sociales difícilmente encuentra acomodo entre la ideología liberal. Su fuerte diatriba contra los *burgueses*, pues son lo peor de la *burguesía*, presenta aspectos de autoconsideración elitista:

La vida burguesa es más buena y muelle que mala e impía. El burgués, sin embargo, es, salvo excepciones, más malo y esquinado, más aristado y ruin, que bueno y confortable. Lo peor de la burguesía es el burgués o, mejor dicho, la degeneración del burgués que toca padecer a nuestro tiempo. (p. 135)

Despreciada, quizás temida, por la aristocracia y el proletariado, Cela pone de relieve el desarraigo de la burguesía, alejada de la mentalidad burguesa en su sentido originario -revisa su sentido medieval- e incapaz de crear un estado a su imagen y semejanza:

¹En *P.S.A.*, XL, nº 120 [Marzo de 1966], pp. 231-240, reproduce el prólogo a *La colmena* en la ed. Destino: «Historia incompleta de unas páginas zarandeadas».

²«Palos de ciego», no casualmente editado a continuación de la «Historia incompleta...», en las pp. 241-242; probablemente, en España no encontraría ejemplos puntuales que defender por esos años, aunque, al hilo de la denuncia, escribe Cela: "En España tampoco faltan quienes confunden el derecho natural con el derecho administrativo" (p. 242); quizá la prudencia -tan loada por el escritor- le impidió dar un paso más allá.

³Como indica el propio título, no es un texto concebido *ex-profeso* para la revista (en *P.S.A.*, V, nº 14, pp. 135-137). En el número siguiente -el 15 (pp. 339-342)- aparece la reseña a la traducción al castellano de las *Memorias* de Sagarra (Barcelona, Noguer, 1957), firmada por J[osé] M[aría] L[ompart], con incienso a partes iguales para el memorialista y el prologuista.

Significación de una aventura celiana

Es curioso pararse a observar que la clase media tan abdicado tiene su sentido de clase que, siendo la que produce, en una proporción amplísima, la mayor parte de los políticos, pensadores, escritores, profesionales liberales y funcionarios del mundo entero, crear un estado a su imagen y semejanza, (p. 136)

diluyendo su perfil "en la niebla, quizás saludable, de los socialismos" (p. 136). La burguesía de hoy es peor porque ha perdido sus costumbres:

La antigua burguesía, sus usos y costumbres, aquello que hasta los reyes juraban respetar, dio origen a la clase media, que es una burguesía sin costumbres y sin norte claro: una burguesía bamboleante y zarandeada por los tiros de arriba y los troyanos de abajo. (p. 137)

La burguesía actual no conoce ni admite las tres virtudes (nobleza, orgullo y descaro), quizá por temor "a algo", un temor impreciso que es una de sus características y que el propio burgués denomina con la fórmula de "el qué dirán". La burguesía no admite lo que ignora, e ignora casi todo lo que sucede: la intolerancia y la ignorancia son sus más sólidos cimientos. Resulta interesante observar la proximidad de algunos asertos con fondo ideológico de la "revolución nacional-sindicalista" de José Antonio, sorprendente cuando Cela se presenta como un liberal -y antisocialista-, aunque alegue en su descargo el modelo galdosiano, "el implacable fustigador de la sociedad burguesa"¹.

Un editorialillo llama poderosamente mi atención, «Leviatán o la paradoja romántica»², puesto que Cela hace una incursión reflexiva en las aguas históricas del concepto de Estado, observando las oscilaciones conceptuales a

¹En una breve nota, «Sobre Pérez Galdós, en el álbum de un paisano suyo» (en *P.S.A.*, XXXI, nº 92 [Noviembre de 1963], p. 221. Cela afirma que le tiene por el padre de nuestra novela moderna y añade, alguna línea después: "Don Benito fue un español medio al que remordió la conciencia, para bien de todos". O Cela desconocía la evolución del pensamiento político de Galdós o el propósito de enmienda del autor gallego no pasó de propósito. Materia aparte es el magisterio galdosiano perceptible en algunos aspectos de la narrativa celiana, puesto que técnicas y materiales literarios son elementos que admiten «intencionalidades» muy varias.

²En *P.S.A.*, XI, nº 31 [Octubre de 1958], pp. 3-8.

lo largo de la humanidad, desde los orígenes hasta el romanticismo. Mientras el escritor "escucha el rumor del Estado que le rodea, del estado de las cosas, la situación de hecho, que le circunda" (p. 3) -esto es, lo cotidiano-, a veces no puede evitar incursionarse en pensamientos como la idea de Estado; a continuación, desarrolla esquemáticamente el concepto de estado en los griegos, la Edad Media y el Renacimiento, hasta llegar a discernir el Estado como medio y fin:

Quando el Estado advierte su propia potencia, dedica sus energías a darse mayores energías y deviene en la espantable herramienta presta a seguir produciendo nuevas e idénticas herramientas. (p. 7)

Es decir, "el dragón Leviatán ha abierto sus fauces para devorar al hombre y a sus siempre regateadas libertades" (p. 7) -y cita el conocido pasaje del libro de Job-. Llega, entonces, a los románticos, cuyo concepto de *Volkgeist*, de espíritu nacional, nace de la identificación de Estado con nación:

Del romanticismo nacen los entendimientos totalitarios del Estado, los que llegan a ahogar a los países con el desproporcionado aparato ortopédico que los traba y atenaza, (p. 8)

y la salida a esta concepción no se le antoja fácil a C. J. Cela, dudando en llegar a vislumbrarla. Por qué se queda Cela en el romanticismo es fácil de suponer: el Estado español como prolongación romántica se presenta con sutileza como un Estado totalitario, y conocida es su aversión al Romanticismo y los romanticismos. Se salta Cela, me parece que de forma intencionada, el establecimiento de las democracias parlamentarias y otros sistemas de gobierno, y toda la teoría que al respecto había. Como hace con frecuencia, el autor se manifiesta por elípsis, y tal vez podamos señalar este texto como el punto de no retorno hacia su pasado ideológico, en plena fase de transformación liberal.

Sin embargo, la ideología conformada por Cela en sus textos no debe impedirnos ver la actitud social del escritor, de creciente oposición al hacer franquista. Desde su decidida postura de defensa del patrimonio artístico español, depredado por opulentos compradores americanos -como el

celebérrimo "ciudadano Kane"- con la fraudulenta complicidad de altos funcionarios del gobierno español¹, hasta cierta paráfrasis de sentida buena intención y calculado distanciamiento sobre cierta conmemoración grandilocuente del régimen franquista². Merece un análisis más detallado un duro editorial contra el régimen franquista escrito por Cela en forma epistolar, «Carta a Giulio Einaudi, mi editor italiano, sobre la libertad»³, y que provocó la polémica con Fernández Santos ya señalada. En este editorialillo, entre las ropas teóricas sobre la libertad de pensadores como Ortega, Jaspers, Bergson y Sartre, señala Cela la falta de libertad de la que goza España, así como la existencia de situaciones injustas, reforzadas por la tradición histórica:

En España -a mi juicio, para desgracia de los españoles- la libertad no es bien que, históricamente, se reparta con mano pródiga. Las fuerzas reaccionarias españolas son poderosas y, lo que es más grave para la causa de la libertad, apoyan su eficacia en la reciedumbre de su tradicional poderío. (p. 119)

Pero Cela implica por igual en la situación al franquismo y al antifranquismo, rechazando tajante la intervención de elementos extranacionales (que es lo que reprocha a su editor Einaudi, el haber publicado una obra antifranquista: *Canti della nuova resistenza spagnola*) por considerar que perturban la evolución que puede detectarse en el régimen -por estos años

¹Vid. «San Martín de Fuentidueña» (en *P.S.A.*, IX, nº 25 [Abril de 1958], pp. 3-6), o la documentadísima, y de agraviado espíritu, «Carta a Philip Polack, mi editor inglés, sobre el monasterio de Ovila y otras piedras» (en *P.S.A.*, XXIX, nº 85 [Abril de 1963], pp. 3-17), con adiciones de L[uis] R[ipoll], «Notas sobre unas piedras viejas y su traslado a Norteamérica» (en *P.S.A.*, XXX, nº 89 [Agosto de 1963], pp. 265-271); el expolio del patrimonio local es denunciado en un breve de la Redacción (vid. *supra*, p. 10, n.3). En cualquier caso, Cela se ha distinguido no sólo por dar a conocer la geografía y los monumentos hispanos, sino también por procurar el cuidado del patrimonio: léanse sus denuncias sobre el abandono del mismo en editorialillos como «Tresjuncos» (en *P.S.A.*, XV, nº 43 [Octubre de 1959], pp. 3-6) o «Fuego en la catedral de León» (en *P.S.A.*, XLII, nº 124 [Octubre de 1966], pp. 3-5). En sus libros de viajes puede verse acrecentado este sentimiento.

²«Los mil caminos de la paz» (en *P.S.A.*, XXXVI, nº 107 [Febrero de 1965], pp. 131-134). Hay que señalar que el año 1964 había presenciado la celebración de los «25 años de paz» de Franco.

³En *P.S.A.*, XXVIII, nº 83 , pp. 119-122.

acceden al poder los tecnócratas del Opus Dei-. De igual modo rechaza la violencia:

La defensa de la libertad o, lo que tanto monta, la lucha contra los determinismos, no es batalla que pueda plantearse con las aparatosas e ineficaces armas de los románticos: la barricada y el panfleto, el fusil de chispa y la arenga, la bomba de fabricación casera y las reuniones a la luz de un quinqué. El creer que puede arreglarse una situación injusta colocando un petardo en un travía, no es sino pecado de ingenuidad. (p. 120)

Lo que reprocha Cela a Einaudi es la contribución negativa, por presión propagandística, a la apertura política, reconociendo la existencia de una situación oprobiosa en España. Cela, entre el aguafuerte de "los románticos" y el "inmediato insulto personal"¹, opta por la vía del posibilismo político:

La noble causa de la libertad en España, por cuya prosecución luchamos, patrióticamente y sin salirnos del reglamento -del código del honor que nosotros mismos nos marcamos- muchos españoles, no ha sido robustecida con el libro por usted editado. Dar armas a las fuerzas retrógradas no es ayudar, ciertamente, a quienes amamos la libertad. (p. 122)

Como podemos observar, el liberalismo celiano -ya más asentado- le conduce a posturas trasigentes con el régimen, instalado ya y no muy incómodo con ese orden aparente, el de la fuerza u orden público, que tanto denuesta en otras páginas.

Hacia el año de 1966 Cela ha culminado todo un proceso de evolución que ha conseguido enterrar la memoria de su arranque ideológico, suficientemente alejado del franquismo, aunque sin levantar profundos recelos que pudieran poner en peligro su estatus. Sobre la situación de España, Cela se mostró en todo momento pesimista, como pesimista es su visión del hombre. Por

¹Es lo que parece deducir de la lectura de los *Canti*... ("Ni la resistencia española (la oposición, solemos decir los españoles) canta esas coplas -cultas, que no populares, la mitad de ellas-, ni la técnica de la injuria da resultado entre nosotros." -p.122).

último, al saco de lo anecdótico hemos de echar algún que otro editorialillo, como la carta dirigida a Fidel Castro¹, sus viajes por puntos que no eran muy del agrado del régimen², aireados a través de los *Papeles de Son Armadans*, el eco del asesinato de J. F. Kennedy³ o sus opiniones sobre el conflicto de Vietnam⁴.

Para terminar este ya demasiado largo trabajo, pasaré rápida revista a otro tema que preocupó al escritor gallego: los viajes. Además de los prólogos a las ediciones en la *O.C.* de los diversos libros de viajes⁵, Cela abordó en frecuentes editorialillos el tema del «vagabundaje»⁶, con sus conocidas interpretaciones sobre el alma del vagabundo y los lugares en los que reposa, los paisajes de España, las gentes y sus costumbres, a medio camino entre la antropología y la historia, mirada enamorada del país y sus protagonistas, dejándonos hermosísimas páginas en la mejor tradición noventayochista y orteguiana⁷. Si en algún apartado de la obra de Cela podemos apreciar la

¹«Carta a Fidel Castro» (en *P.S.A.*, XXXVI, nº 108 [Marzo de 1965], pp. 246-250). Este texto, no obstante las apariencias, no hubo de desagradar al régimen franquista, dado ese tono anti-norteamericano que se cultivó de forma latente.

²Sirva como ejemplo la «Noticia de un largo viaje» (en *P.S.A.*, XXV, nº 73 [Abril de 1962], pp. 3-6), aunque también en este caso se percibe cierta desconfianza hacia el mundo exterior -Francia e Italia, en el presente texto.

³«Kennedy en Fuenteovejuna» (en *P.S.A.*, XXXII, nº 94 [Enero de 1964], pp. 3-8).

⁴«Sobre Vietnam» (en *P.S.A.*, XLIII, nº 129 [Diciembre de 1966], pp. 278-280).

⁵*Vid.* «El calendario del corazón» (en *P.S.A.*, XXX, nº 90 [Septiembre de 1963], pp. 291-296); «Con la mochila al hombro y una paz infinita en el corazón» (en *P.S.A.*, XXXII, nº 95 [Febrero de 1964], pp. 115-122); «Recuerdo en paz la tierra por la que anduve...» (en *P.S.A.*, XXXII, nº 96, pp. 227-230); «Revolar angélico, humano andar, trote lobero» (en *P.S.A.*, XXXV, nº 104 [Noviembre de 1964], pp. 131-134); «Una rutina técnica» (en *P.S.A.*, XXXVII, nº 109 [Abril de 1965], pp. 3-6); «Glosa a fray Treze de Minglanilla, con motivo de cerrar otro volumen de libros de viajes» (en *P.S.A.*, XXXVIII, nº 112 [Julio de 1965], pp. 3-6); «Typical Spain» (en *P.S.A.*, nº 113, pp. 115-118); y «(Posible) despedida del camino, con veinte años más y tres arrobos de sobra» (en *P.S.A.*, nº 114, pp. 227-230). Tenemos también «Prologoillo para escolares ingleses», ya mencionado, para la edición de Ph. Polack, y un epílogo a un texto de viajes ajeno, de J. Ramón y Fernández Oxea, «Cancela para un libro de geografía a pie» (en *P.S.A.*, XXXV, nº 105 [Diciembre de 1964], pp. 243-246).

⁶En el ya citado «Prologoillo para escolares ingleses», precisa Cela la diferencia que establece entre *vagabundeo* -voz recogida por el Diccionario de la Academia- y *vagabundaje* -voz no oficial- ("podiera ser la acción y efecto de andar errante el nómada, siempre pensando en descubrir nuevos paisajes y horizontes y siempre -de su situación se colige- haciendo del camino su morada" -p. 4, en nota).

⁷Remito a los excelentes trabajos de R. Senabre («Camilo José Cela en la España árida», *Insula*, nº 518-519, pp. 65-66) y J. M^a Pozuelo Yvancos («Cela y la tradición viajera del

precisión milimétrica de su riquísimo lenguaje será en los libros de viajes, habiéndonos legado un conjunto de obras inapreciables.

Si el tema del viaje me ha llamado la atención en el contexto de los *Papeles de Son Armadans*, además de por su intrínseco valor literario, es por la presencia de un editorialillo en el que aparece un amago de polémica, amigablemente resuelta: «Carta a ***, por su artículo "A un viajero a pie"»¹. En primer lugar, llama la atención que el editorialista de los *Papeles* firme "con las tres golondrinas de vagabundo", en lugar del habitual C.J.C., como réplica a las tres estrellas de capitán del articulista de *ABC*, puesto que se trata de la réplica a un artículo aparecido en el diario madrileño, del sábado 24 de Agosto de 1957. Quien firma con los tres asteriscos su artículo, sin periodicidad diaria, generalmente en tercera página, durante el verano de 1957, es Rafael Sánchez-Mazas, bajo el epígrafe genérico de «Cuaderno de viaje» (¿desde Bruselas?)². Desde luego, ambos escritores se reconocen detrás de sus ideogramas³, y demuestran ser atentos lectores el uno del otro. En principio,

noventa y ocho», en *Insula*, n° 518-519, pp. 58-59), ahorrándome pormenorizar en este aspecto de la obra celiana.

¹En *P.S.A.*, VII, n° 19 [Octubre de 1957], pp. 3-10.

²A. Trapiello, en el prólogo a las *Poesías* de Sánchez-Mazas (Granada, Comares -col. La Veleta-, 1990, p. 10) indica: "en los últimos años Sánchez-Mazas tuvo la fantasía de firmar sus artículos del *ABC* únicamente con tres asteriscos, ***. ¿Humildad? No lo creo. Más bien dandismo, como el que deja caer un guante, consciente de que todo el mundo reconocerá la inimitable hechura".

³Termina Cela su editorialillo humorísticamente: "Esto, mi admirado ***, muy bien podría ser el cuento de nunca acabar. [...] Cuando vaya por Madrid, que algún día ha de ser, procuraré buscarle para que, si ése es su deseo, nos reunamos a comer. Y a charlar de suertes de vagabundajes, técnicas de excursiones y cuentos del camino" (p. 10). Pero resulta curioso que el artículo del 24-VIII-57 no lleve firma alguna, ni tan siquiera los tres asteriscos, tal vez por error u olvido tipográfico.

apuntaría que el artículo de Sánchez-Mazas nace de la lectura de *Judíos, moros y cristianos*, publicado en 1956, junto con la extrapolación de algún otro texto aislado de Cela, como «C. J. C., de la Real Academia»¹ o anteriores libros de viajes². En el artículo de *ABC* leemos todo tipo de consejos para realizar un viaje a pie, desde los utensilios imprescindibles o el tipo de comita preferente hasta la disposición del ánimo, siempre despierto a la sorpresa. Sin duda, los viajes que realizaba Sánchez Mazas estaban proyectados con antelación, presididos por un ánimo culturalista. Y es de ello de lo que protesta Cela, distinguiendo y desmarcándose del «viaje de precisión» y del «montañismo deportivo», reivindicando el espíritu aventurero, sin destino puntual prefijado, con la improvisación como mejor arma para afrontar los reveses del camino. Cada uno de los escritores entendía el viaje de diferente manera, dejándose chupar por la tierra de otra forma. Con exactitud, cada uno refleja su filosofía viajera; a través de la anécdota en el caso del excursionista Sánchez-Mazas, cuando la inocente joven castellana dijo "Madre, yo digo que éste viaja por ver". Cela, en cambio, se inclina por el vagabundeo -o, mejor, el vagabundaje-, "no por sport sino por manía", y añade:

El vagabundaje [...] es un estado del espíritu, un trance de las potencias del alma que se posa en las piemas, como el reuma, (pp. 7-8)

principio que repetirá frecuentemente en páginas posteriores. No significa que Cela contradiga a don Rafael, sino que, concediéndole la razón de partida ("pienso [...] que es mejor andar por ver que por andar" -p. 7), amplía el horizonte espiritual del caminante al no excluir ninguna de las circunstancias que rodean el viaje, incluso la capacidad de fabular en torno al mismo.

¹En donde podemos leer: "Nuestro director fue, a sus diez años, poeta; a los veinte, soldado; a los treinta, vagabundo, y a los cuarenta, académico por lo que se ve" (en *P.S.A.*, IV, nº 12, p. 264). En el artículo del diario madrileño, de forma muy directa, podemos empezar leyendo: "Algo tarde empiezas con los viajes a pie, porque pasas de los veinticinco y debías haber hecho alguno, todos los años, desde que entraste en el bachillerato".

²Para estas fechas ya había publicado Cela sus mejores obras viajeras: *Viaje a la Alcarria* (1948), *Del Miño al Bidasoa* (1952) y *Judíos moros y cristianos*, amén del folletito *Avila* (1952). Ciertamente faltarían todavía *Cuaderno del Guadarrama* (1959), *Viaje al pirineo de Lérida* (1965) -realizado en fecha muy anterior, pero del que se hará eco en un editorialillo de *Papeles-*, *Balada del vagabundo...* (1973) y otros menores. Aunque las *Páginas de geografía errabunda* aparezcan en 1965, se trata de una compilación de artículos en la prensa, alguno de 1944, en las décadas de los cuarenta y cincuenta.

Algunos meses después, en un artículo aparecido en *Destino* el 28 de Diciembre de 1957 con el título de «Andar por andar y, de paso, ver»¹, en donde resuenan todavía los ecos del artículo de *ABC*, el escritor gallego se ratifica en su concepción del viaje, aun cuando

Andar por andar y, de paso, ver, que era el invento viejo, es algo que muere, tan triste como indefectiblemente. (p. 34)

Como recuerda Senabre, desde 1952 Cela será siempre «el vagabundo», desde que publique «Flor de vagabundaje»², de vocación inabdicable, aunque los años le jubilen de tan liberal ejercicio³. Como nota final, Cela aparecerá siempre en su revista como un escritor de espíritu volandero, perdurable huella en toda su prosa, coherente hasta en los momentos en que decaen las fuerzas.

En conclusión, durante la década que va de 1956 a 1966, desde la fundación de la revista hasta la aparición de la nueva ley de prensa de Fraga⁴, por la que se elimina el depósito previo de los textos -y que tantos conflictos generaría posteriormente-, Cela se servirá de los *Papeles de Son Armadans*, aunque no sólo de ellos, para cimentar una nueva imagen liberal. El camino fue largo y tal vez duro, como lo fue premeditado y, a la larga, ejemplar. Como tantas veces ha repetido, y con él sus más próximos, Cela aborrece las prisas y alaba la paciencia. Detenerse en 1966, como es el caso presente, no

¹Recogido en las *Páginas de geografía errabunda* (ed. cit, pp. 31-35).

²*Art. cit.*, p. 65. El artículo de Cela, inicialmente en *La vanguardia* -entonces *Española*- del 26 de Octubre de 1952; recogido posteriormente en *Páginas de geografía errabunda*, pp. 23-26.

³Cierta nostalgia del camino y sus polvaredas encontraremos en los prólogos que encabezan las reediciones de sus obras viajeras, años después de ser escritas: "Al cabo de los años, el vagabundo -que, si no la cabeza, parece que va sentando ya las posaderas-, relea este cuaderno [el del *Guadarrama*] con el ánimo mieliamargo y medio infestado de las pertinaces moscas de la añoranza" («Una rutina técnica», en *P.S.A.*, XXXVII, nº 109, p. 5); "Al vagabundo le da el palpito que va a escribir ya pocas páginas trotonas" (en «(Posible) despedida del camino...», p. 228); "El escritor cuando, sin barriga y otros entorchados, oficiaba de vagabundo y monstruo angélico..." («Cancela para un libro de geografía...», p. 245).

⁴Para los orígenes y elaboración de la Ley de Fraga Iribarne remito a M. Fernández Areal, *El control de la prensa en España* (Madrid, Guadiana, 1973), con abundantísima bibliografía.

significa que, desde entonces, el personaje haya permanecido inalterable ni, tan siquiera, que los *Papeles de Son Armadans* dejaran de interesar. Ocurre que éstos pierden parte de su papel relevante en el nuevo panorama que se abría en España¹, y empiezan a aparecer otras publicaciones que toman el testigo de modernizar, cuando menos, el panorama crítico. En cualquier caso, *Papeles de Son Armadans* merecería el homenaje de un estudio más amplio y pormenorizado -en mejores condiciones documentales, también- que el aquí se le tributa.

Llegado ya el momento de poner punto final al presente estudio, con el ánimo de haber contribuido a esclarecer la trayectoria del último Premio Nobel español (puesto que *Papeles* es un apéndice del escritor, inevitablemente unida a éste), al menos a través de algunos temas que inciden en su obra y en unos años que considero decisivos en la transformación de Camilo José Cela en el hombre público que hoy todos conocemos, puede traerse a colación unas palabras del propio escritor en el prólogo² de *La colmena*, en el volumen I de la *O.C.*, con el mejor ánimo de desmentirle:

En España suele interesar más la anécdota del escritor, cierta o falsa, que su obra literaria, y, en este rumbo, todos nuestros esfuerzos por ser escuchados en lo que queremos decir resultan tan vanos como rendidores. El escritor, en España, es admitido no como tal escritor -y precisamente por lo que escriba- sino a título pintoresco y decorativo...

Sólo a través de sus escritos se ha intentado el presente acercamiento, bien que leyendo entre líneas como es de obligación.

¹Su hijo, Cela Conde, resume la nueva situación en los siguientes términos: "La llegada de Fraga al poder supuso la desaparición de la consulta previa obligatoria y la promulgación de una novedosa Ley de Prensa. Para CJC fue, sin duda, un paso decisivo hacia una situación relativamente normal. Dejó de ser considerado como el enemigo público número uno del régimen de entre todos los escritores que permanecían en España. Todavía tuvo sus problemas con los censores, pero se le permitió al menos defender sus puntos de vista. A partir de ese momento, nada iba a ser igual" (*op. cit.*, p. 142).

²«La experiencia personal en *Pabellón de reposo*», anticipado en *P.S.A.*, XXIV, nº 71 [Febrero de 1962], p. 132.

